

TIEMPO NARRATIVO

CARLOS ALBERTO HOYOS COLORADO

UNIVERSIDAD DEL VALLE
FACULTAD DE HUMANIDADES
LICENCIATURA EN LITERATURA
CAICEDONIA VALLE
COLOMBIA
2016

TIEMPO NARRATIVO

CARLOS ALBERTO HOYOS COLORADO

Trabajo presentado como requisito para optar por el título de Licenciatura en
literatura

Asesor: Jonathan Esneider Villegas Betancourth

Universidad del Valle Sede Caicedonia

Facultad de Humanidades

Escuela de estudios literarios

Caicedonia

2016

Introducción

Concebimos el tiempo como una sucesión abstracta que enmarca hechos precisos. Conforme él transcurre, forja en nuestra mente un marco de referencia para diferenciar su curso: pasado, presente y futuro. La fibra perpetua del tiempo es posible por estas tres corrientes inalterables; y este trió sigue su trayectoria infinita gracias a él, que las contiene. Vamos por el mundo conducidos por la continuidad que fue, es y será; albergando su paso en nuestro sentido, vivimos. Sin necesidad de ir más allá, podemos comprender el tiempo como una simple sucesión en la que no tenemos ninguna forma de intervención que logre modificar su curso.

No obstante, el proceso de creación literaria nos permite hacer una ruptura en este concepto familiar de tiempo, nos otorga el privilegio de moldearlo a nuestra extravagancia creadora. Podemos construir, con las más inconstantes herramientas, acontecimientos que no escapan totalmente de la realidad. Conseguimos iniciar por el final, finalizar con el inicio, entre muchas otras formas de posible estructuración. Si decidimos turbar la continuidad del tiempo en este proceso creativo, logramos una oposición de hechos que a lo largo del ritmo interrumpido de la narración se atan para erigir una historia dinámica en polifonía, dadas las múltiples perspectivas que intentan hacerle un guiño a la totalidad de un contexto determinado por las herramientas.

La tesis que presentamos a continuación, a saber, *“Tiempo Narrativo”*, es un intento de carácter creativo que consigna 10 cuentos, los cuales, por un lado, exponen una inconstancia temporal en la estructura, alejándose un poco de la

organización convencional latente en la simultaneidad narrativa; presentando una oferta de representación fragmentada en los hechos, procurando hacer la debida ruptura para lograr una visión periférica de los acontecimientos en lo inaparente de la narración y la posición total de lo que se quiere contar.

Por otro lado, apartándose un poco de la estructura, los personajes que desarrollan las circunstancias en cada uno de los cuentos, presentan una heterogeneidad en su personalidad, una mezcla de costumbres que es clara en sus labores e ideas, formas epigramáticas en sus diálogos, indiferencia al advenimiento circunstancial y cavilaciones recurrentes producto de la memoria. De igual forma, la descripción espacial es una composición múltiple que carece de una sola identidad. En su lugar, encontramos una constitución que toma aspectos individuales de la memoria para construir un espacio multiforme donde convergen variadas tendencias históricas.

En esa perspectiva, *“Tiempo Narrativo”*, es un intento de agrupación fragmentaria que toma de muchos enfoques temporales y humanos para conformar una nueva unidad totalitaria. En esa misma línea, a partir de sustentos teóricos, la mira de los cuentos estará apoyada en un ensayo en el cual se analiza la propia idea de tiempo y su maleabilidad literaria, contemplando la posibilidad de una justificación de la propia actividad creadora.

Por otro lado, para efectos del ensayo reflexivo que justifica el conjunto de la creación literaria *Tiempo narrativo*, procederé a dividir el texto en tres apartados: Aproximación conceptual y características básicas del cuento; la tipología fundamental del cuento, y por ultimo, el tiempo como forma estructural y ente intangible en la producción literaria.

En el primer apartado intentaré expresar algunas consideraciones generales de lo que es el cuento y su estructura particular; en el segundo, identificar la tipología esencial en que se divide el cuento según su estructura y de este modo justificar el diseño y escritura de algunos de los diez cuentos que hacen parte de este trabajo, y en el tercer apartado, daré cuentas del concepto de tiempo entendido en dos sentidos: uno, como criterio formal variable en su estructura; dos, como característica existencial. En los dos sentidos evidenciaré, por medio de algunos cuentos que hacen parte de este trabajo, las posturas que se desarrollan en este tercer apartado

Aproximación conceptual y características básicas del cuento

A principios de 1910 hubo un nuevo interés entre los escritores latinoamericanos que permitía renovar sus características distintivas y sus propios problemas sociales. A partir de esta fecha todos los autores de Latinoamérica comenzaron a tratar temas universales que a lo largo del tiempo han producido un gran corpus literario que ha despertado el interés de nuevas vertientes de producción literaria a nivel mundial. Este interés ha incurrido sorprendentemente en el cuento aunque no se le ha dado el valor que merece.

Independientemente de todas las formas que esta nueva generación tomó para representar sus ideales y apetitos existenciales, en este caso, resumiremos considerablemente esta posición en una sola representación que es la que nos compete: el cuento. Dejamos de lado todas sus otras vertientes que comprometieron esta tendencia como la poesía, la ensayística, el teatro y la pintura; no por ser menos importantes, sino porque no es este el campo de acción de esta monografía.

Para Rosales (2009), el cuento es considerado un género menor dado el poco interés que despierta en la crítica y en los escritores; para él, el cuento no se ha estudiado con la suficiente rigurosidad y profundidad como se ha hecho con la novela y la poesía. La verdadera intención del cuento se ha subestimado, valdría la pena reivindicarlo y prestarle la atención que se merece. Respecto a esta indolencia Rosales (2009) afirma:

Como en los países anglosajones, en España e Hispanoamérica el cuento parece condenado al rincón oscuro de la última página de la

efímera revista o del volandero periódico. Uno supondría que el cuento solo sirve para que el lector pase un ratillo entretenido olvidándose de él tan pronto termina su lectura. (p.476)

Según Rosales (2009), el cuento es un género relegado, la atención de la crítica esta presta casi exclusivamente a la novela, parece que tanto lectores como críticos sólo se empeñan en mantener la vista en la producción de la novela y no en el cuento, dirigen toda su valoración a la novela. El cuento es un género que vale la pena estudiar con detenimiento dadas sus complejas formas de creación y estructura (Rosales 2009). Es sencillamente la expresión literaria de una época como en otras lo han sido la epopeya y la comedia; no por esto es menor.

Por otro lado, alejándonos un poco de la visión subvalorada del cuento frente a otros géneros literarios, haremos una aproximación al cuento y su estructura.

Dentro de algunas características identificables, el cuento como otros géneros literarios muestra gran variedad de facetas y modalidades. El cuento presenta características propias de su género, como la brevedad, la tensión mantenida desde un principio por la trama, y el número escaso de personajes. Las características anteriores son sin duda las formas propias del cuento, son ellas quienes hacen parte fundamental de su desarrollo, quienes lo hacen posible. El cuento aún conserva algunas de las características del cuento antiguo, como el interés por lo anecdótico y la brevedad; de igual forma ha otorgado muchas otras, como el impacto emocional y el interés por el tiempo. No obstante, ha dejado de lado la rigurosa estructura y los antecedentes de

finalidad moral para surgir como nueva disyuntiva manteniendo, de alguna forma, sus primeras bases.

El cuento tal cual lo apreciamos ahora no aparece hasta el siglo XIX. Es inevitable no entender que a lo largo de la historia existe un maravilloso registro de cuentística. Pensemos por ejemplo en *Cuentos de Canterbury*, una colección de cuentos, narrada por un personaje que recuerda cada uno de los cuentos que relatan cada una de lo peregrinos y que posteriormente los recopila; la mayoría de estos cuentos tienen mecanismos estructurales sumamente complejos, son un reto para el lector. En el siglo XXVIII los cuentos por lo general son sumamente largos, divagan un poco más en el campo de la novela que en el del cuento; por ejemplo *Relatos* de Stendhal, o algunos de Tolstoi, parecen más novelas pequeñas. Suceden muchas cosas que fácilmente se podrían dividir en capítulos y partes, al final parecen pequeñas novelas con ínfulas de cuentos largos.

En el siglo XIX surgen escritores para los cuales el cuento representa un elemento de primera mano que construyen con maestría. Basta con citar a los cuentistas más representativos de cada país para darse cuenta como ha avanzado el cuento hasta bautizarse como genero moderno. En el siglo pasado, gracias a toda esta transitoriedad, el cuento entra con todos los elementos propios que hacen parte tanto del escritor como del lector.

A través de esta aproximación a grandes rasgos buscamos una definición de cuento que se va reduciendo paulatinamente. La DRAE (como se citó en Rosales, 2009) afirma:

En el DRAE se define el cuento como: “1.m. Relato, generalmente indiscreto, de un suceso. 2. Relación, de palabra o por escrito, de un suceso falso o de pura invención. 3. Narración breve de ficción” Nada de eso tiene que ver con lo que la tradición literaria denominamos cuento: la primera acepción no puede ser más vaga; la segunda es totalmente inexacta; y la tercera peca de arcaica. Si nos tomamos la molestia de desglosar esas tres acepciones, habremos de admitir que lo de “relación de un suceso” es una definición tan imprecisa que, de ser cierta, sería imposible, por ejemplo, diferenciar de un cuento una noticia periodística; si aceptamos la segunda acepción, tendríamos que eliminar de un plumazo todos los relatos de carácter testimonial. Pero no todo es desechable en las acepciones del DRAE. Aceptamos que el cuento es algo que se expresa de forma oral o escrita y que utiliza una temática múltiple y ficticia. (p.477)

Para Cortázar (2013) el cuento es una vaguedad, algo que se esfuma con facilidad a lo largo de las páginas y que no exige el máximo esfuerzo de un lector para su comprensión y desarrollo. El cuento es una amalgama elástica que no puede ser comparada con la novela. Para la novela están reservados los problemas que necesitan solucionarse; el cuento, dada su brevedad y concisión no considera esta peripecia.

Hemos escuchado de distintas formas que el cuento, en una primera instancia es breve, incluso se nos dice que debe tener menos de 10. 000 palabras. De hecho se ha considerado como La *short story*, sin embargo hay que aclarar que este término se le da en el medio anglosajón a la narración

breve (Rosales 2009). No obstante aquella cantidad de palabras no nos presenta un concepto claro de lo que es el cuento ya que existen obras que exceden esta cantidad y siguen guardando su unidad. Es por este motivo que muchos escritores se limitan a pocos personajes, a pocas funciones y a un único tiempo. En suma, el cuento presenta un pequeño universo donde se desarrollan todos los hechos haciendo gabela al instante, a la brevedad y por ende a la concisión.

El cuento, para terminar esta aseveración inestable, es una historia breve, donde el escritor se ve obligado a reducir el espacio y el tiempo para lograr su cometido. El cuento necesita de un ambiente especial para su construcción, necesita orientación, claridad y concisión. Debido a esta necesaria brevedad el cuento suele condensarse, unificarse para que el tiempo se comprima. Es un inconveniente de dilatación; el escritor necesita establecer límites para que el cuento sea posible, se ve en la obligación de reducir a un número mínimo de personajes, a dominar los problemas y su intención descriptiva, si no lo hace es preferible que escriba una novela donde el campo extensivo es mucho más amplio.

Características del cuento

Luego de la aproximación anterior de lo que es el cuento, no da de más hacer un acercamiento a las características que para Rosales hacen parte básica de él.

Para Rosales (2009) el cuento tiene una fisiología estructural que se divide en diez partes fundamentales:

1. El título
2. Primeras líneas
3. La historia
4. La trama
5. El desenlace
6. Los personajes
7. Punto de vista
8. Fondo y Forma
9. Tono y atmosfera
10. Visión de mundo

El título

En primer lugar el título hace parte esencial del cuento ya que le da al lector un acercamiento de lo que se quiere contar, para darle forma a la anécdota, para otorgar sentido a la narración, de igual forma para interesar al lector. El título es una posible pieza clave para interpretarlo y comprenderlo. Como “El

ahogado más hermoso del mundo” de García Márquez o en “Reflexiones póstumas” de Cesar Pérez, títulos sugerentes, sensacionalista uno, inadmisible el otro.

Primeras líneas

Las primeras líneas de un cuento deben ser una estocada, un golpe certero a la sensibilidad del lector. Cada palabra constituye un orden exacto. En la primera frase esta condensada la intención de lo que se ha de narrar o, al menos la conspiración. Recordemos la primera frase de *La dama del perrito* de Chejov: “Corrió la voz de que por el malecón se había visto pasear a un nuevo personaje: La dama del perrito” Es más que suficiente esta primera línea para saber de ante mano que aquella dama será el centro del cuento y que alrededor de ella la historia se verá obligada. Esta frase le otorga clandestinidad y enigma a la historia. En *Los funerales de la Mama Grande* de Gracia Márquez (2001):

Esta es, incrédulos del mundo entero, la verídica historia de la Mamá Grande, soberana absoluta del reino de Macondo, que vivió en función de domino durante 92 años y murió en olor de santidad un martes del setiembre pasado, y a cuyos funerales vino el Santo Pontífice. (p.47)

Esta primera frase nos sugiere asombro, nos da un abrebocas de lo que será la historia, nos prepara ante una historia extraordinaria e hiperbólica. De igual forma nos sugiere inmediatamente su lectura, porque la descripción es atrevida y seductora.

La Historia

En el cuento, la historia está edificada por sucesos continuos que se narran en todo el transcurso de la historia. Estos sucesos hacen hincapié reiterativamente en un asunto argumental que es el centro de lo que se cuenta. La historia es la consecuencia de atar cada uno de los fragmentos unitarios de los hechos. Cuando se unen forman una unidad general que las contiene en una sola y que hace posible la historia; por esta razón los hechos son considerados la unidad mínima de la argumentación de la historia.

La trama

La trama insinúa un acontecimiento importante que por lo general hace parte del desenlace y que se va hilando con las unidades mínimas de la historia. La trama insinúa lo que está vedado ante la historia en curso, es el alma del cuento, lo de más es el cuerpo que argumenta la trama. La trama del cuento puede variar según la intención, es decir, puede ser tradicional, directa y simple o compleja. En *Los asesinatos de la calle Morgue* de Poe tenemos una trama que necesita, en un principio, de todo el esfuerzo del lector para lograr desenmarañar el acontecimiento general del cuento que es la muerte de dos mujeres bajo extrañas circunstancias. No obstante, la trama, al final del cuento, queda totalmente despejada luego de un desenlace esplendido donde el escritor ata los cabos sueltos invitando al lector a preguntarse si era eso lo que el pensaba que sucedería.

Por otro lado, la trama no siempre es crucial para el desarrollo de un cuento, ya que muchas veces es inexistente (Rosales, 2009). Muchos cuentos no la presentan porque su carácter es el de contar un acontecimiento extraordinario donde el estímulo es la historia. Por ejemplo: en muchos cuentos de Andersen no encontramos una trama manifiesta; lo importante es la historia, el cómo se cuenta y su construcción.

El desenlace

Habitualmente, en la mayoría de los cuentos el desenlace suele ser sorpresivo o vehemente. Muchas veces, desde la primera línea, el cuento va encaminado a esa cumbre climática, es una especie de comprensión, donde el cuento logra solucionar el inconveniente que venía desarrollando a lo largo de la argumentación. En este punto el contexto del cuento no puede ser el mismo, la historia, ni siquiera los personajes pueden ser iguales porque se ha alcanzado la iluminación, la comprensión que hasta el momento se había mostrado esquiva ante todo. Muchas veces, al contrario, el desenlace del cuento no alcanza la comprensión, sino que alcanza una posibilidad que ante la percepción del lector era insostenible

Los personajes

En el cuento, por razones de brevedad y precisión, la cantidad de personajes es reducida. Un cuento no puede tener cantidad exagerada de

personajes dadas las condiciones efímeras en que ellos se desenvuelven. Cortázar (2013) asevera:

(...) porque un escritor de cuentos —como lectores de cuentos, ustedes lo saben bien— maneja un grupo de personajes lo más reducido posible por razones técnicas: no se puede escribir un cuento de ocho páginas en donde entren siete personas ya que llegamos al final de las ocho páginas sin saber nada de ninguna de las siete (...) (p.21)

La brevedad del cuento exige concisión y rapidez. Con una cantidad mayor de personajes esto no puede ser posible.

Por otro lado, en el cuento existe uno o varios generadores de hechos. Las acciones son importantes tanto como la forma en que los personajes las ejecutan. Entre otros aspectos encontramos la apariencia física, la psicología, los diálogos que sostiene el autor por medio de ellos. Cada característica que el autor otorga a sus personajes no es accidental, es el símbolo de alguna idea en particular que quiere manifestar por medio de la descripción que el nos da.

Punto de vista

Esencialmente y si seguimos el enfoque tradicional del punto de vista, nos daremos cuenta que son cuatro los puntos de vista más importantes desde donde se nos cuenta la historia (Rosales, 2009):

1. Omnisciente:

Es el narrador que lo sabe todo, que esta presente en cada pirueta que sus personajes y la historia dan. Opina de sus personajes, de cada una de las acciones que ellos llevan a cabo, da aclaraciones y juzga la historia en si.

2. Semiomnisciente

Es el narrador que se oculta en uno de los personajes para opinar por medio de él, para dialogar con el lector.

3. Objetivo

Es el narrador que nos presenta los hechos sin intervenciones o intromisiones de ningún tipo, va directo al grano aunque se pronostique una intención.

4. Primera Persona

Es quien hace parte de la historia, de los personajes, juzga las acciones de cada uno de ellos sin conocer su conciencia.

Hay que tener claro que el narrador puede vacilar en cada uno de los narradores anteriores, o por el contrario puede mantenerse durante toda la historia, todo depende del propósito de autor y de las circunstancias que ameriten y/o necesiten exclusivamente de uno de ellos.

Fondo y forma

El cuento ampara una temática similar a la de la novela, pues cada una de las líneas que el escritor construye hace parte de un macrocosmos real de donde toma anécdotas, leyendas e incluso de sus propias aversiones y placeres; toma de allí para crear un microcosmos. Podemos decir que este proceso es enteramente biográfico. En cuanto a la forma podemos decir, que aunque el cuento literario se de por terminado debemos tener en cuenta que el cuento ha manifestado muchas transformaciones a lo largo de su edad es un problema tan complicado de aclarar como su acepción.

Otra categoría que también se debe tener en cuenta es el carácter en que esta escrito, entendiendo por carácter la forma discursiva que el autor decidió para contar su relato. Puede utilizar exclusivamente diálogos o simplemente la narración, sin embargo puede utilizar ambas.

Tono y atmosfera

Esto depende exclusivamente de la actitud y estado del narrador que cuenta la historia. Sin embargo este ambiente cambia poco dentro del cuento. El tono y la atmosfera están ligados al espacio y al tiempo del relato que se desenvuelve. Por ejemplo, por medio de la metáfora se puede lograr describir el estado de un personaje por medio de una descripción espacial. La descripción de una madrugada puede simbolizar la paz y tranquilidad latente en el interior de un personaje o en el exterior que lo rodea, mientras que la descripción de un espacio hostil puede representar inquietud y expectación.

Todo esto depende de la finalidad y de los antecedentes que el cuento desarrolla y quiere lograr. Estas representaciones pueden variar según los diálogos, la actitud de los personajes y hasta la trama, incluso puede hacerse de forma sarcástica o indirecta.

Visión de mundo

En cada expresión artística hay una visión, esta no puede ser creada en el vacío. Francisco Ayala (como se citó en Rosales, 2009) dice: “Toda expresión artística alude por necesidad a un acontecer en el tiempo, o a la condición histórica del hombre” (p.481). En la obra siempre hay una visión de mundo que el autor ha querido manifestar. Un cuento puede representar toda una generación, toda una representación del mundo que rodea a su creador. Este responde a una visión fragmentaria del mundo, pero también a una global, porque esta fragmentación es una partícula última de aquello que es total.

La tipología del cuento

Luego de hacer un acercamiento general a la estructura que caracteriza al cuento, a continuación veremos los cuatro tipos esenciales que según Ema Brandenberger (como se citó en Rosales, 2009) existen en el cuento. Pero antes cabe hacer una aclaración breve de las diferencias más significativas que tienen el cuento y la novela

Para empezar, en el cuento al mismo tiempo que en la novela se exponen tres partes primordiales que sabemos desde la escuela: inicio, nudo y desenlace, de esta forma en la novela cada una de estas tres partes tienden a menudo una extensión igual, mientras que en el cuento existe un predominio en el nudo o núcleo, en el problema central que se desarrolla por medio de los hechos a lo largo de su lectura.

En cuanto a su técnica narrativa, parece, a primera vista, que la diferencia más relevante entre el cuento y la novela es puramente cuantitativa como vimos con Rosales; los recursos del cuento son los mismos que se utilizan en la novela, sólo que la extensión en el desarrollo de las circunstancias es delimitada, por esta razón el cuento suele ser breve en la experimentación de elementos narrativos y/o estructurales, basta con remitirse a nuestra competencia narrativa para ver estas diferencias. Tanto en el uno como en el otro se pueden utilizar cualquiera de los narradores, pueden contener diálogos, descripciones, usar el monólogo y experimentar con el tiempo de cualquier forma.

Sin embargo, el problema de las técnicas utilizadas en el cuento es más complicado de lo que parece, debido a la brevedad y al carácter de condensación en su extensión.

Las descripciones en una novela suelen ocupar muchas páginas, en el cuento esto no puede ocurrir. Esto no quiere decir que en el cuento no pueda haber descripciones, es sólo que en el cuento las descripciones están enteramente ligadas con el argumento del cuento, cada una de las imágenes que hacen parte de esta descripción debe ir concatenada con el asunto central que se desarrolla. No puede ser caprichosa, tiene que ser justificada y por ende casi exacta y necesaria.

Lo mismo ocurre con el uso del dialogo. Lo primordial aquí es que el dialogo no pretenda ser como el de la novela. Normalmente el dialogo en la novela sirve para darnos a conocer la psicología y las características propias de cada uno de los personajes. En el cuento suele suceder lo mismo, no obstante el autor no dispone del tiempo necesario ni de la cantidad de páginas para desarrollar en el cuento una observación lenta. En el cuento el dialogo debe estar atado exclusivamente al desarrollo argumental.

El tratamiento que se tiene del tiempo en la novela es también diferente al del cuento. El novelista tiene a su soltura una cantidad indeterminada de páginas, por esta razón el novelista puede aprovechar libremente estos recursos temporales. En el cuento este punto se siente más como restricción que como libertad. El cuentista puede narrar muchos años en pocas paginas si cuenta con la habilidad para amontonar los hechos en tanto que sean

necesarios para el adelanto de la idea central, pero el tiempo siempre vendrá establecido por los límites concretos de su comprimida dimensión.

Sin embargo, apartándonos de todas estas disminuciones que tiene el cuento y que lo hace diferente a otros géneros literarios, el cuento parece tener una temática exclusiva que lo hace incomparable. Gracias a la brevedad y a la condensación de la que tanto hemos hablado y que es tan importante para su estructura, el cuento posee en su temática y en su organización, que está lejos de la lentitud en la obligación latente en la novela, un juego de elasticidades y pausas. El cuento, pues, está lleno de tensión tanto en el principio y desarrollo de la argumentación como en el final.

Ahora bien, Para Ema Brandenberger (como se citó en Rosales, 2009) existe una tipología exacta que diferencia estructuras de otras. Anteriormente vimos las diferencias más significativas que tiene el cuento de la novela, ahora veremos las diferencias estructurales que hacen de algunos cuentos una particularidad que lo diferencia de otros textos que, sin embargo, tienen el mismo propósito.

La tipología que Brandenberger propone es la siguiente:

1. Cuentos con estructura de novela
2. Cuentos episódicos
3. Cuentos con estructura de novela corta
4. Narraciones con estructura de cuento corto

Cuentos con estructura de novelas

En este tipo de cuento el interés no radica en la estructura, sino en el desarrollo de la personalidad de cada uno de sus personajes. Los cuentos que mantienen esta tipología se parecen más a novelas cortas que a cuentos propiamente dichos. Podemos pensar en *La muerte de Iván Ilich* de Tolstoi donde la atención de la historia radica en el comportamiento de él. De igual forma podemos pensar en *El extranjero* de Camus o en *La metamorfosis* de Kafka. Ambos presentan una atención fundamental en el comportamiento de cada uno de sus personajes principales. En cada una de sus páginas hayamos una descripción de las opiniones y reflexiones que ellos proyectan.

Cuentos episódicos

En esta tipología la acción no es culminante, es decir que en el despliegue de las acciones no finalizan. Los personajes se mantienen inamovibles en su esencia, no presentan cambios en ninguna de las partes que lo constituyen, no evolucionan. Es por esta razón que muchas veces los cuentos con estas características suelen ir acompañados de otros cuentos para formar una unidad compuesta por fragmentos de una misma idea que el autor quiere comunicar por medio de este sentido.

Cuentos con estructura de novela corta

Para Brandenberger los elementos fundamentales de la novela corta son cruciales para su composición. Primero encontramos que la novela corta depende exclusivamente de una cuestión que esta rodeada por un numero limitado de personajes que giran en torno a ella. Segundo, el suceso central es, singular, sorprendente y asombroso; toda la atención esta puesta en él. Tercero, la acción, muchas veces, es más importante que los personajes aunque sean ellos quienes la tiendan. Cuarto, la acción esta envuelta por medio del continuo encuentro de sucesos que han sido descritos y abandonados sin concluir para posteriormente hilarlos lógicamente a la historia. Es esto necesario para que el desenlace sea rápido y por lo general inesperado.

Narraciones con estructura de cuentos breves

Los cuentos de esta tipología simplemente son relatos condensados. También se les denomina: microrrelatos. Valls (como se citó en Rosales, 2009) dice:

Un microrrelato no es un cuento, ni un aforismo, ni un poema en prosa, ni mucho menos un chiste o una frase ingeniosa, sino un texto narrativo brevísimo que cuenta una historia, en la que debe imperar la concisión la sugerencia y la precisión extrema del lenguaje a menudo al servicio de una trama paradójica y sorprendente. (p.482)

Brandenberg dice que el microrelato da la sensación de que se forma de los desechos de otros géneros literarios, pero no es así. Si el cuento se caracteriza por la brevedad, por el número limitado de personajes y por los acontecimientos efímeros y sorprendentes, el microrelato también tiene estas características sólo que minimizadas. No obstante, el microrrelato cuenta con algo de lo que el cuento carece, esta característica hace de él un híbrido con una cualidad propia: la presteza (Rosales, 2009).

El tiempo como forma estructural y ente intangible en la producción literaria.

Después de haber pasado por la consideración conceptual tan poco estable acerca del verdadero significado que se tiene del cuento; luego de entrar a desarrollar a grandes rasgos algunas de las partes fundamentales del cuento en su estructura y su tipología, finalmente nos enfrentamos con el tercer y ultimo apartado de esta monografía: *El tiempo como forma estructural y ente intangible en la producción literaria*. El objetivo de este apartado, a saber, es lograr hacer un acercamiento a la acepción de tiempo como tópico fundamental que late en el copilado de 10 cuentos que hacen parte de esta monografía. Sin ningún tipo de pretensión innovadora, se procura hacer contacto con la idea que se tiene de tiempo en algunos de los cuentos.

Esta idea de tiempo se refiere a dos cosas: la primera, a la gran facilidad que la creación literaria nos concede para mostrar de una forma no ordinaria lo que es ordinario en tanto que la narración muestra los canales que varían en su estructura como alteración en los hechos de la historia; dos, como característica intangible en la existencia.

Para empezar diré que jugar con el tiempo en la literatura es posible gracias a la maleabilidad de los elementos que tenemos en el proceso de creación y en nosotros. Cortázar (2013) afirma que el tiempo dentro de una narración literaria es un elemento poroso y elástico, que se presta pulcramente para la manifestación de algunas intenciones que se quieren componer y que se han logrado a lo largo de la historia imaginariamente en la literatura, dice también

que el tiempo en sí mismo no existe, que nosotros somos quienes lo categorizamos en un marco referencial para diferenciar los muchos lapsos. El tiempo esta en nosotros y por ende en nuestra creación; por medio de la creación literaria podemos plasmar nuestra concepcion.

Sin duda una de las terminaciones elementales del tiempo y la narración es que la trama del cuento hace evidente al sujeto como otro ente en si mismo, lo convierte en una unidad heterogénea. Tanto la historia como el relato apelan a una configuración unitaria que dotan a ambas fuentes de legibilidad, es decir, ambas partes obedecen a dos patrones diferentes para conformar una unidad total de lectura y continuidad temporal (Ricoeur, 2009). Ambas partes actúan de forma tal que concuerdan en una unidad temporal y que hacen posible la concertación del relato.

Ricoeur (2009) figuró el acto descriptivo de la narración como un hecho donde lo diferente es necesario y donde la distención del tiempo es evidente, es por esta razón que él considera que la narración sólo puede ser entendida de esta forma.

Ricoeur aborda la teoría del tiempo de San Agustín y la teoría de la trama de Aristóteles, de la primera toma las paradojas latentes en el tiempo, y de la segunda la organización clara de la narración para postular su teoría.

A partir de estas dos teorías, Ricoeur supone que la tesis esta expuesta entre los aspectos concordantes y discordantes de la narración traspasando la experiencia del tiempo, donde la discordancia prima sobre la intención, al plano de la maniobra fatal, donde la relación establecida por la historia predomina

sobre la contrariedad de las maniobras que el autor utiliza para el desarrollo de la acción trágica.

Parece que para Ricoeur la única forma de concebir el tiempo es por medio de la narración, de la trama y de los vericuetos que el autor debe transitar para conformar un módulo perceptible en el relato. Por medio del relato el tiempo se puede pensar, porque se puede moldear el tránsito del tiempo por medio de la trama del relato y su estructura.

Partiendo de esta percepción el tiempo está modelado, Según Ricoeur, por dos corrientes: la percepción que desemboca en paradojas temporales que el hombre distingue, y la estructura en la narración. Respecto a la primera Cortázar (2013) afirma: “El tiempo es un problema que va más allá de la literatura y envuelve la esencia misma del hombre” (p. 50).

Desde esta aglomeración de ideas sólo podemos apelar en una primera instancia a la subjetividad del tiempo, podemos hablar de forma imparcial desde nuestro discernimiento poético. Podemos decir que el tiempo es paradójico, lo da todo, sin embargo también lo inhibe. El tiempo gobierna la rutina del hombre, no hay nada más justo que el tiempo; pero también no hay nada más injusto. El tiempo es escaso pero también es basto. Es un puente, un sendero, una pared, un terreno firme, un abismo. Sin duda en la concepción humana no existe nada más emblemático e incomprensible. Borges (2001) dice al respecto: “El tiempo es un río que me arrebató, pero yo soy el río; es un tigre que me destroza, pero yo soy el tigre; es un fuego que me consume, pero yo soy el fuego” (p.169). Es esta extravagancia que el hombre observa desde

lejos, desde su vida, mostrándosele siempre como un gran enigma y tejiendo sus conflictos existenciales mientras se traslada por el mundo.

Podemos señalar que el tiempo es un flagelo que late en la existencia del hombre. En *Leche de cuervo* podemos apreciar este azote que se convierte en un problema humano. Vemos a un hombre desesperado que intenta alargar el tiempo, ya que los días se le presentan monótonos. Utiliza los métodos más inusuales para lograr cambiarlo. Finalmente, el hombre, luego de haber agotado todas sus posibilidades, se da cuenta que no puede hacer nada para contrariarlo. Se ve al final como estaba en un principio. El cuento finaliza:

Aplastado en el sofá mientras pasaba los canales de su TV, como muchas otras noches, después de su vislumbre y el fracaso de sus burlas, se dijo una vez más: “El tiempo me sabe a pura y física leche de cuervo.”

Con respecto a la otra posición que Ricoeur expone, nos enfrentamos a una opinión más impersonal que la anterior ya que del tiempo que hablamos en este caso es puramente narrativo. Discutimos las formas que el autor utiliza para darle dinamismo a la lectura. Aquí hablamos de 5 términos principales que se utilizan para este fin.

A continuación traeré algunos de los 10 cuentos, si es necesario, para ejemplificar cada uno de 5 términos que creo pertinentes para el desarrollo de la estructura narrativa que ejemplifica el tiempo. Para este fin me baso en el texto de Rudin: *Introducción a la terminología de Genette*.

Cabe señalar que la terminología de Genette es amplia, por esta razón he decidido tomar sólo 5, ya que son los que más se acercan a la intención de los cuentos de esta monografía.

Prolepsis

La prolepsis se refiere cuando avanzamos un hecho que aún no ha acaecido, se cuenta antes de lo que corresponde en la historia. Sólo se utiliza al principio de la historia. Generalmente se utiliza para enganchar al lector y para crear intriga. A lo largo del relato se dan brebajes argumentativos para llegar a justificar el acontecimiento que se menciona en un principio.

En *La soledad del receptáculo, patrón de los imposibles* hay un acontecimiento que el narrador de la historia trae a refacción y que además es el hecho central del relato. Lo recuerda al principio, posteriormente, siguiendo el hilo continuo de la historia se llega al momento preciso de lo que al principio narró:

“No se sí el hijo es tuyo”, me dijo veinte años después. No le presté atención a nada de lo que me dijo, sin embargo recuerdo otras cosas. Yo estaba hipnotizado por el pelo que enrollaba en uno de sus dedos.

Analepsis

La analepsis se refiere al regreso de un punto que ya habíamos superado cronológicamente, para contar algo que no se había narrado en su momento. De igual forma se utiliza para explicar los móviles que llevaron a un acontecimiento. Por lo general se utiliza el recuerdo.

En *Las flores tienen una sola fragancia* indiscutiblemente ocurre analepsis cuando el asesino del Señor Piadoro se prepara para acabar con su vida, aunque el hecho ya se supero cronológicamente.

Cargó su revolver con una sola bala, enfundó un puñal bajo la chaqueta entre la cintura y la pretina del pantalón por si el disparo resultaba poco efectivo; entonces lo degollaría de un puntazo que iría en contra de las manecillas del reloj. Encendió un cigarrillo, pasó cuatro tragos de Ginebra, miró el reloj de pared, abrió la puerta que daba a la calle y dobló en la primera esquina.

Elipsis

Esta desavenencia estacional, se utiliza para dar dinamismo a la historia, para eliminar argumentos, para dar saltos precisos que dan vueltas en la idea central del texto. Este recurso oculta información, pasa a grandes rasgos por acontecimientos que desenfocan en la idea central del texto. La Elipsis, no abrevia, sólo anota un hecho, indica algo sin dar la información que el lector espera.

En *Deja que se note en mi cara, déjame levitar* esta connotación esta latente en todo el cuento, principalmente al principio. En el transcurso de todo el cuento las descripciones sólo dan a conocer las consecuencias y no los móviles que anteponen a las circunstancias finales.

“Usted sabe que esta abandonada la finca que era de los Taborda, el entierro esta allá. Esta bajo el fogón de la cocina, échele pica y pala ciento tres metros. Vaya con otro, si va solo y lo saca se le vuelve

ceniza, si van con más gente también se le vuelve ceniza. Sólo le pido que me haga las misas y que venga al novenario de mi muerte que empieza pasado mañana”, le dijo el viejo Rivera a Aníbal minutos antes de morir en la cama matrimonial

Acronia

Este recurso radica en que dos líneas temporales se van tejiendo a lo largo del relato. En *Diez lenguas que se dicen* este recurso está muy marcado, ya que los diálogos se entrelazan entre sí para darle profundidad a los acontecimientos y al espacio que los rodea.

—No se fije, esos del carro no hacen nada. Mi hijo... (*Como le estaba contando: Aquel vertiginoso vuelo de las energías comunica a los otros hombres, a todos los hombres que están despabilados y recogidos en su interior...*)..., mira la lagartija que hace días persigue —dice la mujer sentada en una de las sillas que están al interior-. Vaya y atienda a los clientes mejor.

Ucronia

La ucronia es la posibilidad, es estacionarse en un momento que con certeza se sabe lo que pasó, y a partir de ahí sacar versiones diferentes de lo sucedido, de hecho se puede llegar a la negación de los acontecimientos. Aquí la suposición de hechos es crucial para llevar a cabo este recurso.

—¿Recuerdas cuando fuimos a Rennes de paseo? Recuerdas que cruzamos el Mar Cantábrico para llegar a la Roche- sur- Yon, luego a

Nantes, Le Mans y finalmente Rennes? La pasamos bien. —Dice Ofelia sin dejar de pasar las hojas de la revista.

—No recuerdo.

—Llevabas unas botas de cuero, te las dio mi papá

—Odio las botas, no recuerdo que usted haya tenido familia alguna vez.

—Entiéndeme, construyamos un pasado, aunque no estemos seguros.

Ahora bien, por medio de este sentido y de la literatura como medio de exposición, el tiempo puede ser considerado como un elemento precioso para lograr el esparcimiento de una idea y por ende el enriquecimiento de lo que se quiere contar, ya que tenemos presente, pasado y futuro a nuestra disposición creadora.

Por medio de este proceso de creación podemos moldear el tiempo a nuestro antojo, podemos iniciar un cuento por el final, y, lentamente, en el transcurso de la narración agregar hechos pasados para iniciar la recopilación descriptiva que ayudará al lector a llegar a los móviles iniciales que permitieron este desenlace. De igual forma se puede narrar un cuento, en una primera instancia, en pasado; luego, en el transcurso, podemos ir al futuro; y, si queremos, podemos desarrollar un presente. Por medio de este salto en el tiempo (por esta disposición) el cuento toma una vigorosidad fascinante dado el transito repentino que ocurre constantemente. Por medio de este transito inesperado la narración es arrojada a un campo desconocido, a un campo donde se llega a justificar o simplemente se describe un acontecimiento que a simple vista es algo insignificante, sin embargo, esta descripción de ninguna

manera es accidental, se tiene una noción de propósito directa o indirecta que compromete un hecho posterior. Es decir que por medio de este elemento narrativo podemos entender de manera directa o indirecta algunos acontecimientos que se han venido narrando y que en el transcurso de la lectura serán cruciales, o que al menos comprometen un hecho relevante de la narración. En el cuento *Déjame que se note en mi cara, déjame levitar*, hay un acontecimiento que puede hacer justicia a la postura anterior:

(...) respondió con la ingestión de café caliente que pasó luego de escucharlo. Entonces, cuando Osias se levantó de la mesa para llevar los platos a la cocina, Raquel lo vio levitando sobre el suelo. Ella permaneció quieta pasando a pequeños sorbos el café caliente.

El acontecimiento anterior está mucho antes del fragmento que veremos a continuación, y que justifica el hecho de que el hombre levitara. En el transcurso de la lectura ambos acontecimientos están separados estructuralmente por el espacio de la historia y de el salto temporal que se pretende, sin embargo, en el tiempo cronológico, real de los acontecimientos, sin tener en cuenta los saltos anacrónicos, la historia mantiene un tránsito lineal.

“Dicen que cuando uno se va a morir, tiempo antes, lo ven levitando”, le dijo Raquel mucho tiempo antes de que Aníbal lo encontrara sentado en una de las bancas de la plaza. Estaba sentado en el comedor mientras la veía quitar la maleza del jardín donde había sembrado hortensias, auroras y pensamientos bajo petición de él.

Es latente y clara la intención que se quiere llevar a cabo por medio de estas formas estructurales, que como se dijo anteriormente, enriquecen la historia.

Por otro lado, apartándonos un poco de esta estructura de alguna representación formal, también podemos decir que a partir de estas formas de narración el enriquecimiento no sólo se ve en la historia y en sus hechos materiales, sino, también, en el carácter de los personajes y en el ambiente aurífero de la historia, como se vio en Ricoeur. La subjetividad de la intención, eso que no podemos ver, pero que se percibe por medio de una descripción, se ve beneficiada por medio de estas indirectas descriptivas. Borges (2001) dice que no hay mejor manera de contar un acaecimiento que indirectamente.

Por otro lado, Cortázar (2013) nos dice que este proceso de saltar en el tiempo sería algo así como un pleito de carácter distractor. Que ese proceso de distracción en un contexto determinado nos da la posibilidad de muchos eventos dentro de un campo de aperturas. Nos dice, también, que a través de ese proceso de distracción pueden entrar otros espacios y otros tiempos pueden irrumpir en el.

Podemos decir, entonces, que este transito narrativo entre los diferentes planos del tiempo puede ser considerado como un asunto distractor que abre puertas entre otros eventos que hacen parte de la narración. Es decir que estamos frente a una cantidad incierta de sucesos que puede ser escrita para el desarrollo de la historia. Podemos decir que esta apertura que se lleva a cabo por medio de este carácter distractor es el inicio a la pluralidad de hechos

a partir de un suceso en particular. En *Diez lenguas que se dicen*, esta pluralidad esta presente en todo el texto. Veamos un fragmento a continuación:

—Adelaida, los hombres del otro día están por ahí, seguro traen algo entre manos, cómo la otra noche. Mire a su hijo como se asoma por entre los frascos, ¿Qué mira?

—No se fije, esos del carro no hacen nada. Mi hijo (*Como le estaba contando: Aquel vertiginoso vuelo de las energías comunica a los otros hombres, a todos los hombres que están despabilados y recogidos en su interior...*), mira la lagartija que hace días persigue —dice la mujer sentada en una de las sillas que están al interior-. Vaya y atienda a los clientes mejor.

—¡No son capaz de nada!, pero sí de romperle una botella de aguardiente en la cabeza a cualquier despistado (*...en su muralla inquebrantable ante otras potencias espasmódicas de la percepción...*).

Esos que esperen. Pero, fíjese, que el de la otra noche no...

Vemos, pues, que cada una de las voces que narran dentro de un solo contexto tiene su propio trozo de historia. Crean de esta manera una panorámica que hace posible la multiplicidad y la mira desde varias perspectivas simultaneas. Cada una de estas perspectivas y a su vez estados de tiempos posibles, como nos dice Cortázar, convergen en una sola unidad general producto de la distracción temporal: el cuento.

Cortázar (2013) dice que el tiempo es un problema que va más allá de la literatura y ciñe la particularidad misma del hombre. Desde las primeras letras de la filosofía, el tiempo junto con el espacio representaron los primeros

problemas fundamentales. Es un solo problema metafísico con diferentes soluciones. Además, Cortázar nos recuerda que la búsqueda de la verdadera concepción de tiempo viene desde los presocráticos, pasando por Kant y ciñéndose a los nuevos problemas fundamentales de la contemporaneidad.

En este orden de ideas, Dunne (1986) analiza en su libro *Un experimento con el tiempo*, la posibilidad de diferentes tiempos que fluyen consecutivamente. El tiempo no puede ser uno sólo, a este al que estamos acostumbrados y del que hacemos parte (Dunne, 1986). Para él existen otros tiempos simultáneos que suceden en otras dimensiones. Dunne se basa para esto en la premonición que tienen algunas personas y que posteriormente se manifiesta en muchos de sus sueños personales. Sería algo así que para nosotros es futuro, y que en el momento de la premonición era para ellas una especie de presente extraviado e incierto, un tiempo dimensional que se filtra en el que sucede.

Teniendo en cuenta las anteriores posturas, en el cuento *La necia historia de un hombre* significa en este mismo terreno la incursión de lo dimensional que Dunne señala y el problema original del hombre en Cortázar. Este cuento sucede en una realidad referencial donde los hechos están hilados por una sucesión cronológica, sin embargo algunos sucesos experimentales juegan con esta realidad referencial que el personaje no puede diferenciar porque se encuentra descaminada dadas las circunstancias en las que se ve envuelta:

—Estos quince minutos me han parecido dos horas y media —piensa después de unir el prendedor de cuero a la correa de su viejo tacón.

Luego continúa mientras pasa las hojas que recibió el día anterior:

—Estoy segura de haber leído esto antes —dice.

Indiscutiblemente, el personaje sigue una linealidad en el evento general, no obstante se ve sumergida en un hecho anterior que representa para ella un extravío en la memoria. Sus hechos se ven sucedidos por otros, sin embargo no puede diferenciarlos aunque sean los mismos, si bien ya lo ha hecho.

Para anexar otra posición que sin duda en el cuento *La necia historia de un hombre, es clara*, Borges (2001) refiere que si aceptamos el presente como un curso de intervalos y que estos intervalos se repiten, en ocasiones con insistencia, entonces estamos rechazando el proceso y con esto el propio tiempo, es decir, negamos el tiempo ya que no sucede porque es reiterativo; entonces no transcurre, solo estamos frente a la figura del paso temporal aunque estemos en él.

Finalmente, el cuento termina:

El hombre deja los recipientes sobre la mesa y las cartas que la mujer minutos antes le ha entregado para que le enviara a aquel vago destinatario. No trae hojas ni lapicero, no quiere comprometerse con ella más de lo debido. “Aquí están las cartas que le mandaron, “Isménia”, señala; da la espalda y luego de cerrar la puerta dice:

—Mas de veinte años de secuestro y aún no se acostumbra.

Para este personaje, no existe el tiempo por fuera de cada instante que ella profesa o lleva a cabo, sin embargo sabe que el presente no se puede dividir gracias a que tampoco es indiviso. Entonces para ella ni el pasado ni la eventualidad de un futuro coexisten y como el presente ha quedado, para ella, prisionero al regreso eterno en su percepción, ni siquiera le queda su

presencia, es decir que el tiempo termina siendo el adiestramiento de la realidad que ella misma desconoce y que con cinismo cree conocer. Respecto a esta idea Borges (2001) afirma:

Negar la sucesión temporal, negar el yo, negar el universo astronómico, son desesperaciones aparentes y consuelos secretos. Nuestro destino (a diferencia del infierno de Swedenborg y del infierno de la mitología tibetana) no es espantoso, por irreal; es espantoso porque es irreversible y de hierro. (p.168)

Finalmente podemos decir que el tiempo, en la literatura, es un ente variable que se puede manejar de la mejor manera si se tienen los recursos necesarios para este fin. Podemos manejar estos recursos a nuestro antojo para intentar comprender el tiempo aunque no lo logremos del todo.

Que mejor medio para manifestar nuestras quejas que la creación literaria para huir e intentar contemplar la idea del tiempo que es tan resbalosa.

Estamos sumergidos en una carrera con el tiempo que se devora así mismo, en una inmutable sucesión que no podemos detener dada nuestra infinita incapacidad de comprensión. Es este fluir que afecta a las cosas, prevalece al estar en todas las cosas; se lleva historias, hombres, libros y soplos. El tiempo es la tragedia de todas las historias y pensamientos. El origen de la inmortalidad, que se considera inconcebible, es el límite pasmoso de todas esas incongruencias temporales. Quizá esta fuente esté en la persona, porque estamos creados de ese misterioso término. El tiempo es interminable. Por esta razón no hay forma de desligarnos de él y de la angustia que trae su transcurso y lo efímero de cada momento. Precisamente porque el tiempo es

percibido por nosotros, no hay como dejarlo ni como abandonar la angustia que acarrea. "... si el tiempo es un proceso mental, ¿cómo pueden compartirlo millares de hombres, o aun dos hombres distintos?" (Borges, 2001, p.159). Sin embargo, el término es tan excelso.

Indudablemente a lo largo de nuestra historia siempre habrá posiciones diferentes en cuanto a la concepción de tiempo; mientras que para unos es un elemento poroso, para otros es una variación continua de sucesos metafísicos, para algunos una negación imparcial, y para unos cuantos un proceso donde el drama se alimenta de su continuidad paradójica. En esto me refiero a Cortázar, Dunne, Borges, y Ricoeur.

Cuentos

La soledad del receptáculo, patrón de los imposibles

“No se sí el hijo es tuyo”, me dijo veinte años después. No le presté atención a nada de lo que me dijo, sin embargo recuerdo otras cosas. Yo estaba hipnotizado por el pelo que enrollaba en uno de sus dedos. Era una larga hebrita rubia; la envolvía desde la base del dedo hasta un poco más arriba de la cutícula, luego la desenredaba, la tomaba de un extremo con la mano derecha y después la alisaba con el pulgar y el índice hasta que se le acababa el pelo y pulía el pedazo de espacio que había entre los dos dedos. Entonces empezaba de nuevo sin dejar de hablar y babosear (ocasionalmente) en uno de mis costados. “Padre, cosas, noche, <ujum>, café, silla, amanecer”, son las pocas palabras que recuerdo de la conversación, dada la obstinada intermitencia de mi atención. Ese <Ujum>venía acompañado por un punto aparte en la conversación, en el cambio de idea o de tema; también, un repentino quererse aclarar la garganta con un carraspeo que hacía vibrar su nariz mientras parpadeaba dos veces y arrugaba la frente.

Había dejado de llover a las cuatro menos quince y estábamos sentados bajo la pantalla de zinc de una tienda que insistía en estar cerrada a esa hora. Nosotros permanecíamos allí, sentados en el borde del muro, recostados a la reja pateando colillas hasta el borde de la calle para que la corriente se las llevara hasta la alcantarilla de la esquina; y las perseguíamos con los ojos hasta que el desagüe las tiraba al fondo de los barrotes. En aquel tiempo ya no

nos escampamos de la lluvia. No queríamos irnos. Sabíamos que afuera, en medio del vaho que desprende el asfalto, y a un extremo del silencio interrumpido por el despeje de las nubes y en el centro de tantos transeúntes que terminaban las labores entorpecidas por la lluvia, no podríamos escamparnos: ella, de mis palabras; yo, de su silencio. Allí estábamos bien, yo la escuchaba; ella conversaba y alisaba el pelo que tenía entre sus dedos. Era diferente, afuera el rol sería el mismo, el de todos los días, el de la secuencia que conforma el tiempo, esa sucesión de segundos, minutos, horas, días, semanas, meses, años, siglos y milenios. Nuestra monotonía había cambiado gracias a la techo de zinc, a la lluvia y a las colillas que el desagüe se llevaba hasta el fondo de los barrotes, para nosotros eso estaba bien. Fue entonces, a eso de las cinco menos veinte, cuando ella vio en mi silencio y yo en sus dedos que habíamos cambiado, que adoptábamos un espacio que estaba bien, un lugar negro de hollín que eclipsaba nuestra cara.

Tiempo después, bajo el techo de zinc, teníamos una estufa, una nevera, tres peinetas, una cobija, cuatro floreros, un nochero, un espejo, dos sillas, una máquina de escribir y nombres nuevos. Cuando las lluvias tardaban más de lo acostumbrado, de nosotros se desprendía cada veintiocho días una capa de piel, parecíamos serpientes que mudaban una hermosa costra. Nuestras necesidades las hacíamos en la alcantarilla, sobre los barrotes de hierro. Y teníamos un espacio reservado, justo en medio de dos murallones que viraban a una puerta, para hacer el amor. Para nosotros eso estaba bien.

“Mañana es tu cumpleaños y lo celebraremos como siempre, he lavado tu ropa de domingo y la torta la empezaré en un momento”, me dijo quince

cumpleaños antes de que partiéramos y doce después del primero. “No sé si mañana es mi cumpleaños, siempre te lo he dicho. Éramos muchos y tu suegra se confundió con los registros”, dije. “Pareces de mañana”, dijo. “Sí, pero he perdido la cuenta, creo que he perdido la cuenta, pero no estoy seguro. Este año he cumplido como tres años y el que pasó cinco. Creo que sólo han pasado dos, en realidad. Nos hemos comido ocho tortas, has lavado mi ropa de domingo ocho veces en dos años”, objeté. “Da lo mismo, no hemos celebrado el mío ni una vez, las personas cumplen años. Las familias celebran cualquier cosa, tenemos que celebrar algo”, dijo sin dejar de alisar la hebra. Guardé silencio, quise estar seguro de su certeza, ella estaba segura de la mía y era más que suficiente, que más daba. Teníamos razón.

Cuando nació nuestro hijo la noté diferente, no era la misma, había cambiado, ya no alisaba la hebra y parecía lejana. Empezó ha aullarme desde muy lejos, desde el otro extremo del mundo, estaba ausente, su voz estaba dentro de un tubo y a veces pensé que me hablaba desde los cabellos o desde el espacio diminuto de sus dedos, desde aquella acción de años. Dormía más que de costumbre y muchas veces la oí llorar en las noches, secaba sus lágrimas con el poco cabello que le quedaba, entonces yo le daba la espalda para no escucharla, me iba hasta el lugar indeterminado de donde ella me hablaba y la escuchaba desde allá.

Le enseñamos todo lo que sabíamos, luego se marchó, quería su propia vida, lejos de nosotros y cerca del mundo. Eventualmente nos visitaba, luego ya no lo hizo y no lo vimos más. En breve, luego de su nacimiento, sabíamos que todo sería un parpadeo, una vuelta de página de algún libro de letra

grande. Entonces cumplimos años, muchos años, más de los que se piensa, teníamos otra medida de tiempo que nos alteraba el régimen que algún día habíamos aprendido. Ella y yo; éramos los de siempre, los de nunca y los de un ahora que se escapaba en los murallones, en velitas de cumpleaños y en alguna brisa que arrullaba el tejado rojo que veíamos cada vez que despertábamos, que tomábamos café recostados a la reja que nunca se abrió. Depositábamos el silencio en el lugar acordado, allá desde donde ella me hablaba y desde donde yo la escuchaba para que no me doliera la piel, para que no se tornara escarlata, para que mi cuello se quedara en su lugar y no me ardiera en las noches de Julio y Agosto. Sin embargo, todo parecía más bello desde allí.

Cuando llegaba a casa, a la madrugada, me sentaba en una silla que estaba a un lado del baño. Escuchaba la intermitencia de la vejiga de mi padre, orinaba en el suelo donde estaba la ducha, no podía hacer que el chorro cayera en el excusado. Siempre era así, parecía un pacto entre él y yo. Llegaba mareado por el licor, él me abría la puerta mientras litigaba palabras entre dientes que jamás entendí; él entraba al baño, yo me sentaba, untaba el cepillo de crema y esperaba su chorro y mi lástima. Procuré siempre, llegara ebrio o no, cepillarme; él decía que cuando yo llegaba inconsciente por el licor no me sentaba en la silla, no me lavaba los dientes. Pero sabía que él mentía, en realidad quería que yo escuchara su chorro desde la silla, que yo supiera que se había acostado sin ir al baño sólo para guardar la esperanza de que yo regresaría esa noche. Para él la vejiga llena era un despertador que lo mantenía joven y consiente, yo era el motor de esa vejiga.

“Sabes, siempre me vi sentado en esa maldita silla escuchando el chorro intermitente. Siempre, parecía que nunca había nacido y que nunca moriría, me daba la impresión que desde cualquier momento estaba allí sentado. Tenía la certeza de no conocer otra cosa que no fuera ese espacio, allí sentado escuchando un chorro prostático a la madrugada, a la madrugada perdurable de siempre. Quizás ese era el piñón que me hacía llegar justo antes de que amaneciera, mareado por el licor, lo que me hacía velar sus años; pensaba en que si yo no llegaba tarde, entonces él se orinaría en la cama y sería viejo de verdad. Necesitaba tocar la puerta y verme sentado desde siempre. Pero luego todo me dolió, me dolió tanto que fui dolor y no un hombre que se cree sentado desde siempre escuchando orinar a un viejo; todo fue una falsa articulación y me vi perdido en una mentira que creí cierta. Querida, compró un receptáculo para orinar, ya no necesitaba ir al baño en las noches, simplemente se sentaba a un borde de la cama y evacuaba su espera de la manera más prudente para él y no para mí, ¿sabes por qué?, porque entonces yo amanecía sentado a un borde de la calle y no en la silla de siempre. Extrañé la maldita silla y el chorro. Todo se tumbó patas arriba porque en seguida me vi sentado desde siempre en el andén. Desde entonces una eufonía de agua de Tristán acompaña mi cabeza, un trago de orines que cae con pausa sobre alguna botella de verde Sapindor Francés y que me gustaría beber algún día.”, le dije alguna noche en que sentí unas terribles ganas de orinar en un excusado de verdad y no en una alcantarilla.

No le presté atención a nada de lo que ella me dijo en muchos años, siempre estuve suspendido en sus dedos, sólo hasta ese día en que me dijo:

“No sé si el hijo es tuyo.” Fue cuando entendí su silencio y el viaje que hacía desde donde estábamos para hablarme desde allí.

Me dijo que había sido infiel. Guardé silencio y no pregunté nada. Al día siguiente, cuando desperté, ya no estaba bajo la pantalla de zinc, se había ido. Entonces supe que la manía de sus dedos sería mía desde ese momento, tanto como la afonía en mi cabeza.

“Me voy a casa”, me dije y casi inmediatamente después me vi alisando uno de mis cabellos canos, mientras escuchaba mi intermitencia golpear el suelo del baño y, repitiéndome, una y otra vez: “Estoy joven”. Y como un parpadeo en un vademécum de signos grandes, supe que tenía la entrepierna mojada y que el hilo líquido mojaba mi litera. No tenía quien tocara mi puerta.

Diez lenguas que se dicen

Morelli entiende que el mero escribir estético es un escamoteo y una mentira, que acaba por suscitar al lector-hembra al tipo que no quiere problemas, sino soluciones, o falsos problemas ajenos que le permiten sufrir cómodamente sentado en un sillón, sin comprometerse en el drama que también debería ser suyo.

Julio Cortázar

—El café es bueno, me gusta el café, me pone activo —dijo un hombre antes de cruzar la puerta del establecimiento a su acompañante: un hombre gracioso de mediana estatura que llevaba las manos en los bolsillos y miraba al suelo—. Ojalá vendan café aquí, no tomo otra cosa —dijo, y luego soltó una contracción ridícula característica de personas presumidas, lenguaraces y de mirada inquieta.

—Un café, por favor. ¿Usted qué toma?, —dijo el hombre luego de cruzar la puerta e inmediatamente después de estar sentados en una de las sillas.

—Yo quiero una... voy a pensar.

Lo vio por entre los frascos de vidrio que estaban sobre la vitrina del negocio; estaba allí parado, ausente y lejano, recostado a la pared, frente a un árbol que daba una sombra imperfecta sobre el jardín que serpenteaba el umbral de la casa. Era de noche. Veía su sombra sobre la acera y, como un chorro vertical, su cuerpo que se asomaba por el marco de la puerta. Lo veía por uno de los espacios; a una distancia mínima que había entre un tarro de

chismosas y otro de suspiros, lograba contemplar su mudez de negrura (*Cuando un hombre se toma un café la tensión de su mundo se abre...*). Se le hizo raro que estuviera tan temprano y sin bicicleta, se le hizo más raro que estuviera allí. Él siempre iba a la tienda a eso de las nueve de la noche en una monareta con parrilla, pedía lo de todas las noches: una panela, cuatro huevos, y cinco panes de doscientos. “Es para el desayuno”, se justificaba todas las noches, sin falta y con el mismo aire detenido de viejo. Esa noche llegó como a las siete, caminando y sin el carriel donde guardaba los talonarios para el chance.

Cuando lo estaba mirando notó **(ya sé que tomar, quiero un café también)** que la lagartija que vivía en la estantería de madera también había salido más temprano que de costumbre. Cuando escuchó el chillido sobre la lámpara vio que llevaba una mariposa en la boca. Nunca la había visto cazar a pesar de que la había perseguido tantas noches para pillarla, pero ese día la vio con sólo levantar la mirada.

—...se expande como un mandala en actividad. Me parece buena elección.

—Es bueno para conversar —dijo el hombrecillo.

—Adelaida, los hombres del otro día están por ahí, seguro traen algo entre manos, cómo la otra noche. Mire a su hijo como se asoma por entre los frascos, ¿Qué mira?

—No se fije, esos del carro no hacen nada. Mi hijo... (*Como le estaba contando: Aquel vertiginoso vuelo de las energías comunica a los otros hombres, a todos los hombres que están despabilados y recogidos en su*

interior...)..., mira la lagartija que hace días persigue —dice la mujer sentada en una de las sillas que están al interior-. Vaya y atienda a los clientes mejor.

—¡No son capaz de nada!, pero sí de romperle una botella de aguardiente en la cabeza a cualquier despistado (*...en su muralla inquebrantable ante otras potencias espasmódicas de la percepción...*). Esos que esperen. Pero, fíjese, que el de la otra noche no...

—Estaba parado en el andén, lo llamaron, el hombre fue y... ya sabe lo que pasó. —interrumpe la mujer con gravedad.

—Llamemos a la policía, de pronto desnucan a otro. (*...Un hombre con tensión puede inducir a otros, por mera desidia, a un cambio repentino en el aire que le rodea. Puede esperar sentado...*)

—No vale la pena, además la llamada nos la cobran en los impuestos (*...a que todo suceda, a que algo suceda, puede esperar a que algún barco encalle en una calle o a que una golondrina le cague en la nariz o en una pestaña...*). No es problema de nosotros siempre y cuando no desnucen a uno de nosotros.

El reloj marcaba un poco más de las ocho.

—¿Y si lo hacen? (*¿Esta gente no piensa atendernos o que?*)

—No lo harán. **(Es una gente extraña, fíjese en el muchacho que esta detrás de esos frascos mirando al hombre que esta recostado a la pared, y los dos de allá hacen sino conversar)**

—¿Por qué esta tan segura?

—Porque no tenemos de los nuestros, hace tiempo a todos los descalabraron.

—¿Usted, su hijo y yo? (...*Cualquier cosa puede ocurrir, es...*)

—No estamos despistados

—¿El de la otra noche lo estaba? Vea, que nosotros somos de los nuestros.

—No, este bien, me retracto de lo que dije antes (...*cuestión de paciencia y apreciación...*)

—¿Entonces? (...*, escúcheme bien: de...*)

—Usted y mi hijo son de los míos, mi hijo y yo; de los suyos, usted y yo; de él... somos de los nuestros. Hombre, entienda que nada va a pasar, y (...*a-pre-cia-ci-ón.*) deje tanta preguntadera, porque o sino lo mando para la calle, para que se despiste y lo descalabren.

—Su hijo no mira la lagartija, mira al hombre que esta parado a un lado del marco de la puerta.

—¿Va a seguir?

—Me callo.

El vehículo daba vueltas por la misma manzana del barrio, con las luces encendidas y con el volumen de la música a una altura prudente. El hombre recostado a la pared permanecía impávido en su postura, era un desterrado de la monotonía que persigue a hombres que se inquietan.

—Yo le quería contar una cosa que tiene mucha relación con lo que usted me estaba contando (*Hace rato le dije que atendiera a esos tipos que están allá sentados esperando a que usted los atienda, vaya haber, pendejo*), me parece prudente.

—Cuente, pero primero que nos atiendan. ¿Nos están echando con su indiferencia?

—Ya va—Dijo Adelaida.

—Fíjese que la vez pasada estaba sentado en una de las sillas de una cafetería, la vieja de las comidas (**¿y yo porque tengo que ir?**) Ya calentaba el horno (*Porque usted es mi empleado y para eso le pago*-dijo Adelaida espantándolo con el trapo de las chorreadas). Frente a mí había un hombre de aspecto cansado con una camisa a rayas y con unos lentes que no parecían puestos en su cara sino en su cuello, la mujer que había acabado de entrar discutía acaloradamente por su teléfono y los mocosos (hijos de la vieja que prendía el horno) se carcajaban de la desventura de un descabaldo físico que usaba una gorra de Coca Cola. “Esperaré a que algo ocurra”, me dije luego de encender un cigarrillo.

—Buenas noches, ¿que desean tomar? —Dijo el empleado mirando para los lados.

—Dos cafés, nada más.

—¿Y de comer?

—Nada más —respondió el acompañante del hombrecillo sin mirarlo, luego continuó:

—Me ha entendido, muchas gracias por prestarme atención, creí que... (*“tanta bobada para dos cafés”* —pensó el empleado mientras llegaba a la greca—.) ...no me había prestado curiosidad, he visto que se la ha pasado mirando el suelo desde que llegamos.

—Puedo (**¿todavía esta preocupado por los hombres del carro?**) escucharlo sin mirarlo y no he estado mirando al suelo desde que llegamos, he

mirado a otros lugares sin que usted se dé cuenta. *(Pues claro, no ve que esa gente hace sino pasar por aquí.* —dice el empleado apartándose de la greca)

—Muy bien, ojalá no tarden esos cafés -dijo el hombre.

—De hecho ni siquiera los traerán **(Bobadas)**

—¿Como dice? *(Adelaida, mire a su hijo que es lo que mira, mire a esos tipos y vea al que vende chance, está parado ahí hace mucho rato.)*

—Como le he dicho —el hombrecillo esta vez lo miró a los ojos y continuó:

—El empleado esta preocupado por algún comportamiento inusual *(Adelaida, deberíamos llamar a la policía)* que ha detectado afuera de la cafetería y del que, muy seguramente, tiene registros no muy gratos. La mujer que se llama Adelaida y que además es la dueña de la cafetería, esta tranquila, **(Deje la bobada, que ya casi cerramos, estas piernas me tienen agotada, no puedo ni parame)** se preocupa más por su hijo, cree que es un retardado mental por la forma en que mira a la lagartija pegada de la lámpara, pero no lo es, de hecho es muy avisado. El muchacho que mira la lagartija disimula**(¿que pidieron los tipos?)** observándola para sacar uno de los brazos de reina que están en*(Cerremos ya, Adelaida)* la estantería de abajo; desde que estamos usted y yo aquí sentados se ha llevado dos a los bolsillos de la chaqueta y cuatro a los bolsillos **(Vaya, empacando lo del chancero, lo de siempre, ya casi son las nueve)** del pantalón para dárselos a los muchachos*(La lagartija huyó por una de las grietas de la estantería de madera. “Los ullucos no serán suficientes para este verraco dolor” —piensa Adelaida mientras ve que su empleado empaca la panela, los cuatro huevos, y los cinco panes de doscientos.)*, que están sentados en el andén de enfrente al otro lado

de los arbustos de Jazmines; probablemente no mira al hombre que esta recostado a la pared sino a los chicos que ocasionalmente se asoman y le hacen muecas amenazantes. El empleado que esta preocupado, se preocupa por los hombres de un vehículo que lo están rondando a usted. Fíjese que nos están persiguiendo hace una hora y media. Finalmente, el hombre que esta parado en la pared espera algo, mira el reloj constantemente. Él es muy conocido en el (No olvide hacerle el numerito cuando venga por las cosas –dice Adelaida sin dejar de frotar los frutos en sus piernas agrietadas por telarañas carmesí) sector por la venta de algo, muchas personas se han acercado a él y el simplemente ha dicho: “Hoy no trabajé”. Yo al comienzo tenía la intención de pedir una cerveza, por esa razón dudé, vi que la nevera no tenía el sonido ensordecedor característico de esos vejestorios, y detesto la cerveza al clima. En varias ocasiones miré al suelo para asesorarme de este desagradable olor que se viene por oleadas (Adelaida y el empleado guardan silencio, cada uno esta retrasado en su labor. “Cuando serán las nueve –piensa inquieto el empleado.”, posteriormente supe que tengo uno de mis zapatos con porquería de perro hecho que te ha impedido pedir algo, porque usted creyó que era el olor imprescindible de la cafetería, lo entreví porque hace rato vengo escuchando el ruido de la apetencia en su estomago. No nos traerán el café, porque el empleado en medio de su nerviosismo ha olvidado echarle agua a la máquina y, mientras el agua (“Este joven ha entendido lo que le dije hace rato al pie de la letra” –piensa el hombre mientras se fija en cada uno de los detalles que lo rodean, no sin preocuparse por los tipos del vehículo) hierva y baje la palanca de vapor, habrán pasado por lo menos veinte minutos y como usted se

fijará, faltan nada más cinco minutos (“No faltan cinco, faltan tres” –piensa mientras sigue hablando) para el cierre y el empleado, si tenemos en cuenta su condición actual, no esperará un minuto más para marcharse a su casa. La dueña no le importa vender dos cafés, esta cansada o enferma de los pies y las piernas, desde que estamos aquí no ha parado de frotar semillas de ulluco que son buenos para las hinchazones, además está bostezando.

—¿Como sabe que pronto cerrarán? (**Cerremos, vaya por los candados y las cadenas. Hágale el chance y váyase haber que mi hijo cierra porque o si no usted se caga en los pantalones, mañana viene dos minutos antes para abrir**)

—Dice en el cartel (*Vea las cadenas*), que está (**Déjelas donde las vea y váyase**) justo antes de entrar.

—¿Me (*Adelaida...*) persiguen?

—Si (*...dice que hoy no...*), los (*...trabaja por...*) hombres del carro rojo.

—¿Y (*...que le...*) como (*...robaron la bicicleta y...*) puedo escapar de esos tipos? (*...quedó de darle plata al ladrón por ella y no ha llegado...*)

—Es usted un hombre despistado (*Seguro hoy cae ese condenado número* – murmura Adelaida) y confiado, hace menos de tres horas me conoce y ya me ha dado el número (**Ya le dije al niño que cerrara las puertas**-Dice Adelaida dirigiéndose al empleado y al hombre que espera) telefónico de su casa y de su dirección. Me ha dicho que tiene: tres hijos, una mujer que detesta en la cama, un gato con manchas blancas y(*Hasta luego señores, perdonen la atención de hoy pero estas patas no me dejan*) negras que se llama Joaquín y un trabajo al que desearía no ir, sólo lo hace (Las puertas de la cafetería se cierran con el

sonido de siempre y a la hora de siempre con los dos hombres que minutos antes habían llegado tras las puertas aseguradas) porque debe sostener a su mamá que está enferma y a su hermano mongólico(*Cuanto es por la bicicleta, vea que hoy no pude trabajar*—dice el hombre al tipo que acaba de llegar montado en la monareta). No puede escapar porque yo soy uno de los del carro.

Las flores tienen una sola fragancia

Uno:

Cargó su revolver con una sola bala, enfundó un puñal bajo la chaqueta entre la cintura y la pretina del pantalón por si el disparo resultaba poco efectivo; entonces lo degollaría de un puntazo que iría en contra de las manecillas del reloj. Encendió un cigarrillo, pasó cuatro tragos de Ginebra, miró el reloj de pared, abrió la puerta que daba a la calle y dobló en la primera esquina.

Dos:

El sol radiante de las nueve de la mañana prometía un magnífico día. Los tejados derramaban sobre las calles rayos longevos de luz que se extendían a un extremo de las evasivas de concreto perpendicular sobre puertas y ventanas. Los árboles que bordeaban cada uno de los costados de la callejuela se desperezaban del silencio melancólico de la noche en cien sonidos de ciudad y ya se empezaba a ver las inaugurales agitaciones de los transeúntes. Todo emprendía su órbita diaria.

—Soy un bebé de cincuenta y siete años. —Se dijo Inmediatamente después de despertar, luego de concebir los primeros movimientos matutinos en cama y justo antes de poner los pies fuera de la litera, fue entonces cuando creyó en la terrible autosugestión que amasaba en su cabeza de que había defecado mientras dormía. Inspeccionó cada uno de los extremos de su cama, por abajo,

en los costados, entre su bragueta, en el camisón de dormir, en la almohada y en cada uno de los lugares de su habitación.

—Ese maldito olor a mierda de donde vendrá. ¿Será que me estoy pudriendo o me cagué por dentro? —Se dijo luego de asegurarse de que no había nada, en absoluto, que produjera tal olor. Luego continuó:

—Seguro fueron los gatos en el tejado.

El señor Piadoro Blanco era uno de los floristas más viejos del pueblo, con más experiencia y con los arreglos florales más detallados y originales de la región. Esta presunción hacía de él un hombre silencioso. “Ya hablé lo que tenía que hablar”, respondía cuando algún curioso se entrometía en su mutismo. Su establecimiento era un lugar perdurable, con fisuras en los contrafuertes que sostenían la cubierta de pino, sócalos que rodeaban el interior con las más arcaicas figuras: pececitos, curas con carabina terciada en el hombro, pájaros sobre un copo de guadua, bultos de café que se derramaban producto de la gran prosperidad ya olvidada, bicicletas inmemoriales y campesinas que sostenían uno de los extremos de su vestido con una inmensa sonrisa. Los aparadores y las rinconeras, donde las palanganas llenas de flores descansaban, daban la impresión de ligereza mágica, parecían que no podían sostener una flor más, dada su situación; movían la impresión de que era la tradición quien sostenía las palanganas y no ellas. Las mesas donde los arreglos florales pasaban del delirio a cualquier circunstancia, desteñidas por los años, con grietas en cada una de las alas de madera, con cajones que no cerraban del todo parecían más viejas que el propio señor Piadoro.

—¿Qué mira? —dijo el señor Piadoro al percatarse de que su empleado lo había estado mirando toda la mañana con clandestinidad—, ¿será que ha sentido el olor?

—Se ve diferente hoy. —Respondió el empleado.- ¡Mierda!

—¿Dónde?

—En el dedo, me he pinchado el dedo con una espina.

La mañana había transcurrido con total normalidad a excepción de las miradas ligeras del señor Blanco en la suela de sus zapatos.

—Muchacho, dígame, ¿siente usted un olor?

—No, ya me he acostumbrado a él. Hace más de cinco años trabajo con usted. Ya no siento el olor a flores, ¿por qué?

—Por nada. —Respondió mientras bajaba la mirada y levantaba nuevamente la suela de sus zapatos con sigilo.— ¿Será que tengo esos en mi nariz?
—Pensó—, ¡Claro! Debe ser eso. Fue entonces cuando se dirigió hasta el tocador.

Cuando estaba frente al espejo abrió con el índice de cada mano los orificios de su nariz, pero sólo se encontró con una maraña de pelos canos que no le dejaban ver el interior. “No tengo nada”, se dijo mientras cerraba la puerta del lavado, “debe ser la vejez”, se dijo. Pero aquella respuesta no lo convencía del todo, sabía que ese no podía ser el origen. En el transcurso del día el señor Piadoro no pudo trabajar como de costumbre, aquel olor inundaba sus entrañas, sentía que su labio superior sostenía un trozo que no lo dejaba respirar, se sentía impregnado por completo, como si se hubiese bañado en la

mañana con cubetas de cloaca. El olor a deposición se incrementó cuando el sol de la tarde empezaba a ocultarse entre los tejados

—La mierda se alborota con el sol, no con la noche. Que cosa más rara.

—Se dijo luego de entrar en casa y estar bajo las cobijas.

Esa noche soñó con Beatriz; vio como primero se comía la clara del huevo y como se llevaba de un bocado la yema; como con exagerado rito partía la clara frita al borde de la yema para posteriormente pasar la cuchara sobre ella y finalmente saborearla con los ojos cerrados. Luego se vio con ella a un borde del puente que comunicaba la calle de los limosneros y el bulevar *de té*; arrojaron monedas a los patos y luego patos a las monedas, caminaron por la calle empedrada cogidos de la mano bajo un sol que derretía la cara de los transeúntes en un lento acaloramiento; luego vieron el perro con cara de pie y de uñas largas en el hocico, que orinaba en uno de los postes enanos que impedían el estacionamiento de vehículos. Caminaron la calle *De défaites*, tranquilos observando los negocios cerrados y de vitrinas abiertas. Siempre cogidos de la mano.

Beatriz, su hermana, había muerto dos años antes. El señor Santa aún la recordaba con acaloramiento en días de lluvia, de sol y de cualquier otra cosa. Siempre la recordada; sin embargo, el día anterior no había tenido tiempo para hacerlo dadas las terribles circunstancias en las que se vio envuelto.

—¿Será porque no pensé en Beatriz? —fue lo primero que se dijo cuando se vio bocarriba, mirando el techo y con las manos sobre su pecho. Respiró profundamente y pudo percibir que el olor no había desaparecido durante la

noche-. Sí, seguro es eso, pensaré todo el día en ella. En efecto, todo el día pensó en ella.

Tres:

Cuando mataron al señor Blanco nosotros estábamos al borde de la carretera donde está la cruz pequeña. Escuchamos el disparo, pero no quisimos bajar, estábamos muy lejos, además estábamos tan acostumbrados a los disparos que no se nos hizo raro. Además el pueblo no nos gusta.

Cuatro:

Desde la cruz blanca que estaba en lo alto del cerro se podía ver la iglesia y todas las casas circundantes que parecían hacerle ceremonia por alguna extraña razón o seguro sus fabricantes se habían empeñado en construirlas en esa dirección para que cada día, al levantarse, fuera lo primero que vieran, para que durante todo el día las cosas salieran de la mejor forma y no de otra. La cruz era alta y estaba justo antes de llegar a una casa abandonada desde la guerra bipartidista, paramilitar, guerrillera y militar y de nosotros y de todos. Para llegar a ella había que subir un centenar de escaleras cavadas en el morro; estaban rodeadas, a cada lado, por matas de plátano y uno que otro naranjo. Desde la cruz se veía todo el pueblo: las cantinas, la droguería, la panadería y todas las demás casas. Los fines de semana se podía ver, desde allí, los toldos de los carniceros que asediaban a la acacia de flores naranjas que estaba en el centro del parque y que era lo único bonito que había en el pueblo. Hubiéramos querido nacer sobre una nube y no por aquí.

Pero a nosotros no nos gustaba subir a la cruz, nos gustaba subir hasta el borde de la carretera donde también había una cruz, pero más pequeña, lo mismo de blanca, aunque tarjada y aruñada por el polvo de la carretera que lleva a los otros caseríos de más arriba. Allá si nos gustaba, porque no se veía el pueblo, se veía la espalda de la montaña que lo sostenía. Sin embargo, nos imaginábamos desde arriba, desde alguna nube que pasaba por encima de nosotros y nos preguntábamos como se vería el pueblo desde allá. Entonces pensábamos que el pueblo, desde por allá, se veía como un pesebre, como un montón de casitas arrojadas por una mano gigante justo a un lado de la cordillera, en la falda que se desprende antes de llegar a las nubes.

Cinco:

El señor Piadoro Blanco me buscó y me dijo que necesitaba un favor. Yo no me negué. Me dio una botella de ginebra, una suma considerable y dos cajetillas de cigarrillos. No lo puedo probar, pero no estoy mintiendo, además estaba de acuerdo con él. Me dijo que le diera un balazo, uno nada más y que si quedaba vivo lo degollara en sentido contrario a las manecillas del reloj. Él pensaba que antes de caer al suelo muerto se vive una eternidad y que de pronto así llegaba joven al otro lado. Él me dijo que el mundo olía a mierda, que de eso se había dado cuenta.

Leche de cuervo

*“Muy práctico para lavar y secar el trapero, no maltrata mis manos porque no tengo que escurrirlo... ..es el líquido que sale a través de la uretra, durante la eyacu... ..la muerte es inevit... ..se inicia en Inglaterra a finales de los setenta... .. y sal al gusto... ..hay otras cosas que le pueden ocurrir al pen... ..pensar en tener una gran musculatura implic... ..una traga puede conf...
¡Pero yo te am... .. de la violencia, pero también del fracaso... .. el león puede vivir... ..la nueva generación de pensa... ..la política Cu... ..hay que pensar en los niños... ..televiden.....capturados tres presuntos delin... ..Wie so anders ist`s geworden!... ..tendencias de la moda... ..tres metros de largo por cua... ..en mil novecientos cuarenta y ocho... joh!, si, si joh!, más, dame más, umm! ¡No pares! joh!, joh!, jah! jah! jah! joh!, joh!, ¡si! joh!, joh!, joh!, joh!, joh!, jah! ¡Si!.....era una época de duros... .. joh!, si, si joh!, más, dame más, umm!, joh!, joh!, jah! jah! jah! joh!, joh!, ¡si! joh!, joh!, joh!, joh!, joh!, jah! ¡Si!... ..los cambios culturales y sociales... .. joh!, si, si joh! ¡No pares! joh!, joh!, jah! jah! jah! joh!, joh!, ¡si! joh!, joh!, joh!, joh!, joh!, jah! ¡Si!... .. ocurrieron en la década de los cuarenta... .. joh!, joh!, joh!, jah! jah! jah! joh!, joh!, ¡si! joh!, joh!, joh!, joh!, jah! ¡Si!¡Uuu! ¡Ahhh!...”*

Había sido un día complicado. Era tarde. No quería dormir. Cuando entró a su apartamento eran más de las once. El agitado día le había marcado la cara de profundos cercos. El cabello imprudente por la convulsión de las calles y sus labios volcados en el mentón revelaban un estrés silencioso que lo había escoltado todo el día. Solo quería estar tranquilo hasta el día siguiente en que

la jornada empezaría de nuevo, como todos los días, una y otra vez. Reiterativa.

Aplastado en el sofá, frente ala TV, pasaba los canales sin encontrar algo de su preferencia. *“Pura basura”* decía. Una enorme taza de café oscuro lo custodiaba. Él pensaba que el café haría de la noche un poco mas larga, no le permitía pegar los ojos hasta muy entrada la madrugada. Él sabía, por eso tomaba grandes cantidades de café.

Cuando consiguió empleo en la ciudad tardo en acostumbrarse a la rutina. En ocasiones el jefe lo había pescado conversando con el dispensador de agua, otra vez con la cosedora y muchas otras con naranjas que había acabado de pelar. La jornada laboral se le hacía eterna, pero el se decía: *“Pronto acabará y estaré en casa tomando café”*, pero, cuando estaba en casa tomando café se decía: *“Mañana estaré de nuevo en el trabajo, mierda”* entonces para él nada tenía sentido, dadas las circunstancias paradójicas de los dos lugares. Pero él no era un tonto, no señor, se las había ingeniado para hacer de su estadía en casa un poco más duradera.

Había ideado muchas formas para maximizar el tiempo al ver que llegaba agotado del trabajo directo a su cama, y que cuando despertaba parecía que no hubiese dormido y era hora de empezar el nuevo día. Era totalmente insoportable tirarse sobre la cama, cerrar los ojos a las once de la noche, abrirlos, mirar el reloj y encontrar en él lascinco menos cuarto de la madrugada. Así que encontró la forma de remediarlo, aunque fuera solo un espejismo pasajero. Decidió ajustar el reloj despertador para que lo avivara cada hora, desde que se acostaba hasta que se levantada. A las doce de la media noche

tintineaba, entonces él se decía: “Que bien, me quedan cuatro horas cuarenta y cinco minutos”, a la una decía: “Tres horas y cuarenta y cinco”, a las dos: “Tres horas menos cuarto, ¡mierda!”, a las tres: “Una maldita hora y cuarenta y cinco”, a las cuatro: “Cuarenta y cincoooo... putossss... miiinutoooo de la gran puticimamadreee...” y a las cuatro cuarenta y cinco: “No he dormido, ¡puto tiempo de mierda! De nuevo me levanto y me largo, pero por fortuna pronto de nuevo estaré, aquí, tomando café”.

La segunda ocurrencia fue no dormir en la noche. Cuando llegaba a su apartamento hervía tanto café como le era posible, unas veces se embutía en el sofá; otras, hacía el que se ocupaba en minuciosos trabajos de gran importancia, fingía sorpresa y exclamaba: “¡Uuu, que diversión!” se dirigía presuroso por todo el apartamento acarreando no sé qué cosas superfluas; muchas otras veces hacía arreglos que no necesitaba su casa. Este modo “Gana-guerrea-tiempo” no duró mucho. Su jefe lo sorprendió dormido en el baño, por poco y lo despide. “Hubiera sido mejor”, dijo él. “Me hubiera largado a la calle y no sufriría mas por el tiempo”.

La tercera y última forma la encontró en el incidente de la segunda; es decir, quedarse dormido en el trabajo. Enterado de que cuando dormía se despertaba de inmediato y parecía que no hubiese dormido, optó por dormir en uno de los cubículos de los servicios. Dormía desde las doce del día hasta las seis de la tarde, cuando cerraba los ojos y se quedaba dormido, al instante despertaba; todo había pasado según el sueño, en muy pocos minutos, las horas se resumían a minutos. Era asombroso. Entonces se dirigía a casa como si nunca trabajara y siempre se dirigiera a su casa, en casa parecía que siempre

estuviera en casa y nunca trabajara, en la cama parecía que siempre estuviera en cama y nunca trabajara; pero en la oficina, parecía que siempre había estado en la oficina, que siempre trabajaba y que nunca estaba en casa, en cama. “Paradójico” decía él. ¿Qué más podía hacer? Había agotado todas las formas, ahora empleaba la primera y la segunda, el reloj sonaba cada hora en la noche y, en el trabajo, dormía de doce del medio día a seis de la tarde. La vida en el trabajo parecía más llevadera y en casa más eterna para su conveniencia. Pero tenía un problema que aún no podía solucionar era la vendita mañana en el trabajo. ¿Qué solución encontraría? ¿Dormir? ¡No, claro que no!, sospecharían de inmediato y todo lo que había construido se iría al carajo, entonces todo sería como antes. No podía ni siquiera intentarlo. Así que ideó un plan.

Una mañana, con tres gramos de cocaína en su nariz (y como decían que aquella cosa blanca hacía del tiempo una tontería, él se aventuró), llegó a trabajar más activo que nunca, el tiempo se le pasó volando. Era feliz. El problema fue que no pudo dormir como de costumbre en los servicios. Al ver que su plan también fracasó, pensó que era un tonto.

Pero como por cosa del azar, inexplicable y sin razón aparente, el patrón decidió que podría trabajar desde su casa. Fue feliz. El tiempo ya era cosa estúpida, así que arrojó el despertador y las tazas por la ventana de su casa, tiró café por todas las habitaciones, como los ansiosos invitados tiran arroz a los recién casados. Sí, era feliz. Ya el tiempo no le preocupaba tanto porque trabajaba desde la comodidad de su casa; además, como no perdía tiempo en transporte, podía despertar a las siete en punto de la mañana, sentarse frente

al computador sin necesidad de bañarse, descalzo y en calzoncillos. “Que felicidad”, decía.

Todo el día estaba en casa con una inmensa sonrisa, feliz por su gran logro. Una vez un colega de trabajo lo visitó y él orgulloso, de inmediato, y como por mala construcción narrativa, le dijo que no tenía café para ofrecerle porque no pensaba en el tiempo, porque eso era cosa del pasado, el pasado es tiempo y que los que toman café son unos pendejos que le temen al tiempo.

Sí, pobrecito, el trabajo en casa también falló. Otra vez como por cosa del azar, inexplicable y sin razón aparente, el patrón decidió que podría trabajar nuevamente en la oficina, entonces compró otro despertador, libras de café y bellas tazas de todos los colores. De nuevo despertaba cada hora durante la noche; la cocaína alumbraba sus narigones, solo que ahora podía dormir en uno de los cubículos y, al acabar la jornada, se dirigía a su casa, como si siempre se dirigiera y nunca trabajara y jamás durmiera; en su casa, le parecía que siempre estuviera en casa y jamás trabajara y nunca durmiera; en cama, le parecía que siempre estaba en cama y que nunca trabajaba y que siempre se despertaba esporádicamente durante la noche; y en el trabajo, parecía que siempre trabajaba, que nunca estaba en casa y que nunca dormía. Una y otra vez.

Un día, como por arte de cliché, un vislumbre lo alcanzó. ¡Sí, algo, comprendió algo! Todo transcurría, desde el punto seguido de la cuarta línea del párrafo anterior, es decir, como de costumbre. Comprendió que el tiempo era cosa de otros no de él, que a él solo le correspondía la rutina, los amagues y la reiteración, intuyó que no podía salir de las hélices implacables del reloj,

que se haría viejo y un día moriría también como los otros, que aunque le vedara las pilas al reloj, el tiempo lo descabezaría con el horario imperceptible que marca las horas, y la guillotina del reloj que no ve, abatiría desde lo alto hasta su contusión de mortal. Entonces se sumergió porque sus alternativas de disfraz eran difusas y no tenía ninguna posibilidad de derrotar a Cronos, se venció ante lo que no se puede alterar. Ya era, hacía parte del tiempo, aceptó su mortalidad y su breve paso por la historia. Acertó. Haría parte del tiempo, de las muchas y pocas cosas. Sería un grano más en la inmensa playa, una gota de lluvia que cae de lo alto y se congrega con el mar, sería una de las plumas de la garza y muchas de la gallina, un gorgojo en los granos, una cucharada de café, tres gramos de cocaína, las horas del reloj despertador y las naranjas peladas con las que discutía. No pensaría, no se amargaría el tiempo pensando en él, sería un hombre apático ante lo que le atañe y después lo llevaría a la muerte. No importaba si moría o si seguía vivo, si el mundo se caía y el cielo estallaba en microscópicos minutos. Sí, no interesaba. Había resuelto hacer parte del mundo y ser el mundo.

*“Muy práctico para lavar y secar el trapero, no maltrata mis manos porque no tengo que escurrirlo... ..es el líquido que sale a través de la uretra, durante la eyacu... ..la muerte es inevit... ..se inicia en Inglaterra a finales de los setenta... .. y sal al gusto... ..hay otras cosas que le pueden ocurrir al pen... ..pensar en tener una gran musculatura implic... ..una traga puede conf...
¡Pero yo te am... .. de la violencia, pero también del fracaso...”*

Aplastado en el sofá mientras pasaba los canales de su TV, como muchas otras noches, después de su vislumbre y el fracaso de sus burlas, se dijo una vez más: “El tiempo me sabe a pura y física leche de cuervo.”

Armando Mendoza

“Que hubo pues hijueputas, todos pa` la barra con las manos donde las vea. ¿Quién es Armando Mendoza? Hablen que no tenemos toda la noche manada de maricones. Rápido pues, rápido. Hablen o les damos bala, hijueputas.”Habían entrado justo después de que se acabara la misa de ocho. Ingresaron a la única cantina del pueblo, estaban embarrados hasta el alma; eran cinco, llevaban botas pantaneras, de esas de caucho, con las que trabajamos en la tierra, de las mismas que dan pecueca y que a veces nos detienen el caminao por culpa de los juanetes. Recuerdo que cuando llegaron al pueblo y las cambiamos por las cotizas fue un problema acostumbrarme a esas condenadas, en ese entonces yo no usaba zapatos siempre y tenía los pies llenos de niguas. Bueno, el caso no son las botas, los juanetes o las niguas, el caso son los cinco que entraron a la cantina preguntando por Armando. Era domingo, si no estoy mal, la plaza estaba llena de nosotros, de gente que baja de las fincas los fines de semana para mercar y recibir el pago de la semana. Yo me estaba comiendo una mazorca en la plaza, en una de las bancas, estaba solo. Yo vi cuando salieron de las plataneras todos embarrados, había uno que llevaba una granada en la mano y los otros escopetas de esas que tienen los vigilantes, nada raro. Desde que los vipensé que no era ejército, el ejército no usa pantaneras, yo supe que era esa gente. Por aquí les decimos así, “Esa gente”. El caso es que cuando los vi salir, yo supe que venían por Armando. Yo no fui el único que los vio, también la policía, pero como son tan poquitos se escondieron, incluso había uno en la cantina y

cuando los vio salió como si no viera o escuchara nada en medio de la algarabía, se hizo el bobo. La gente se asustó, todos echaron pa` la barra, esa gente gritaba muy duro cuando daban las órdenes y preguntaban por Armando, por eso pude escuchar todo, además no me vieron porque no se fijaron en nada, parecían también con miedo, como los policías. Llegaron así, embarrados, asustados y gritando. Pero menos mal Armando no estaba, hacía poquito se había ido pal reservado con la moza de toda la vida, pa´ mi esa fue la que lo salvo esa noche. Cuando uno no se va a morir no se muere, así es la vida. Menos mal el reservado queda lejos de la cantina porque o si no lo hubieran matado. El que llevaba la granada tenía la cara tiznada como de carbón, a mi me dio risa porque uno de los policías que estaba en el cuartel le dijo a uno de sus compañeros que mirara, que aquel tenía una granada de grametafion (no me acuerdo si fue así que dijo), le dijo que nunca había visto una y que era mas pequeña de lo que creía. El “polo” estaba asustado, no dejaba de ver la granada, decía que no podía dejar pasar la oportunidad de ver una cosa de esas tan cerca porque de pronto no la vería otra vez, así, de papaya, tan cerquita. A mi me dan risa los “polos” del pueblo, son medio bobos, se las dan de jodidos y mentira son unos bobos con carabina.

Ese día no lo cogieron porque estaba con la moza, menos mal, porque si no se lo llevan y lo matan lejos, lo desaparecen. Pero vea, como digo, a esos manes les dio mucha rabia llegar y no encontrar a Armando, mire lo que acabó de pasar después de que llegaron a la cantina.

“¿No van a hablar hijueputas? —después le dieron tres tiros al viejo Ignacio—. Hablen o sigo con otro. —Y verdad siguieron con otro, le dieron a

Lucio, el de la molienda— ¿Otro, malparidos? —Siguió el pobre de Dago— ¡Estos hijueputas tan tercos!, me va a tocar darle a todos pues”. Fue una masacre, a todos les dieron en el pecho, nadie hizo nada, nadie habló, de pronto porque también le tenían miedo a Armando. Esa cantina quedó vuelta mierda. Al otro día los enterramos.

Como un mes después regresaron otra vez. Ya no eran cinco sino ocho, y más raro, yo estaba en la misma banca comiéndome no la misma mazorca, pero sí una mazorca. Se metieron en el billar y también el “polo” salió como si nada, y el otro, el que no había visto una granada estaba asustado también, pero no porque llevaran la misma granada sino porque trajeron una mula con tres pipas de gas amarradas en el apero de la bestia. El “polo” esta vez si tomo una foto, pero le costo la vida, por bobo, como le va a tomar una foto, los policías de aquí son todos unos marranos. Ni siquiera yo habría echo eso, uno sabe como hace las cosas y más con esa gente;no, ¡qué miedo! Llegaron preguntando otra vez por Armando.

“¡Si no me dicen dónde está el malparido de Armando vuelo este hijueputa billar con todos ustedes!” —La gente también es boba, porque les tocó volar el billar, nadie habló. Al otro día los enterramos también, los enterramos en costales porque no quedó que recoger, además los ataúdes son muy caros. Los recogimos con palas. La única que pudimos enterrar sabiendo que era ella, fue la mula, porque el resto quedó mezclado entre los costales. En un costal había muchos pedazos de “julanos”, porque era muy difícil ponerse a reconocer todas esas partes, además después de que uno se muere pa’ que tanta bobada. Eso sí, y yo le he dicho a mi mujer, que el día que yo me muera que

no se pongan con güevonadas, que la misa, que las novenas, que flores; por mí, que me dejen en el lugar donde me muera, en una calle, en la cama, en el cafetal; bueno, en cualquier lugar. Yo si no me mortifico por eso. Que se mortifiquen ellos. Uno se muere y ya. Por eso yo merco como es y hago lo que me gusta, porque hoy o mañana uno se muere y nada se lleva, eso si es verdad. Uno solo necesita estar vivo para morirse, cuando le diga, eso se lo enseña a uno la vida.

Después volvieron. Yo no estaba en la misma banca, estaba en la de enseguida y no estaba comiendo mazorca, estaba pistiando a las pelaitas, como dicen: “pa’ trapiche viejo caña niñita”. A mí me gustan las niñas, las pollitas, uno les da cualesquier confitico y ya. Llegaron como la primera vez, por las plataneras, traían embarrado hasta el culo. Esta vez se metieron en el bingo. Hubo un tiroteo el hijueputa, nadie quiso hablar. Otra vez los enterramos al otro día, lo jodido es que yo creo que nadie conocía a Armando, uno conoce la gente del pueblo, yo sé que los que mataron ese día no conocían a Armando. Esa gente no escucha.

A mí me estaba asustando ese problema con Armando porque el pueblo estaba quedando sin gente, los estaban matando a todos por culpa de ese güevon. La vez pasada me tocó solo a mí, me cogieron y me preguntaron que si conocía a Armando, yo les dije que no. Hombre, ¡bendito sea mi Dios!, no me hicieron nada. Las novenas a las ánimas si sirven, vean no más. Mi Dios es muy grande. Por eso pienso que un día pueden llegar a preguntar por mí.

Lo que me da tristeza de toda esta cosa es que al fin lo cogieron, pobre Mendoza. Cuando lo cogieron estaba en misa, esa gente entró a la iglesia, le

preguntaron al cura desde las puertas que si conocía a Armando y, claro, él lo señaló, también lo mataron por sapo. Le metieron un tiro entre ceja y ceja, esos manes tienen una puntería la hijueputa, se lo zamparon desde afuera, desde el atrio. El cura estaba en el altar, quedó como nuestro señor, con la cabeza llena de sangre, pero sin espinas en la frente, quedó con las manos extendidas, como crucificado en el suelo. Ni que decir de la pobre iglesia, quedó vuelto un mierdero. Los manes se lo llevaron, pero antes dieron balín, hasta tiraron una pipa. Al otro día enterramos a todos los que quedaron después de la balacera de la iglesia, los enterramos como siempre. Es que si ve, ¿uno que hace? Si dice que no, lo matan y si dice que sí, también. Eso es delicado. Que pesar, esa noche se lo llevaron, no lo volvimos a ver hasta que llegó preguntando todo embarrado con otros cuatro por un tal Pedro Giménez en la cantina. Lo vimos varias veces, aquella vez, otra en el billar, luego en el bingo y después en la misa.

La historia se ha repetido muchas veces con Pedro Giménez, Gustavo Guarín, Octavio Acosta, Carlos Echeverri, Ariel Duque, Lalo Benítez, José Vargas, Isidoro Benavidez, y muchos otros. ¿De dónde sale tanta hijueputa gente para matar, recoger y enterrar? Eso es lo que yo me pregunto, lo que todos se preguntan. A mi me da miedo porque ¿el día que lleguen preguntando por mí, qué? Y si me agarran ¿qué hago el día que yo llegue preguntando por otro? Bueno, pero menos mal nadie ha visto que maten por los que preguntan, solo se los llevan y después llegan preguntando por otros, y así es siempre ¿cómo raro, no? Lo único que yo sé es que el día que me toque esa vuelta, yo no voy a matar a nadie preguntando por uno, de pronto así se acaba esta

matazón tan jodida, y quien dice que de pronto nos enteremos de donde sale tanta gente pa' matar.

A veces pienso que lo hacen por controlar el gentío que llega a estas tierras, como si fuera una forma de controlar la población de este caserío, o por divertirse un rato, es que por aquí no pasa nada, lo único que pasa así como medio raro, son las mulas que vuelan el billar cada tres meses, el "polo" que toma la foto y se asusta con la granada; de resto, nada. La vez pasada si pasó algo raro, fuera de lo que siempre pasa. En ese entonces, era Manuel Núñez quien entró repartiendo bala a la cantina y preguntando por un tal Albeiro Garzón. Minutos antes, mientras yo comía mazorca en el parque, me dijo que le dijera al nuevo dueño del billar que no era una mula sino dos, también me dijo que consiguiera más costales para ese día. Después un tal Aldemar Silva le dijo a un conocido mío que le dijera al cura de turno que repartiera las ostias más temprano y que se la diera de primero a Roberto Silvania, quien era por quien preguntaba.

La generación a la que yo pertenezco, a la de Armando Mendoza, es la más vieja, quedamos pocos, somos pocos los que podemos dar cuenta de la primera vez que esto sucedió. La esperanza mía, es que a mi me toca la banca del parque, comer mazorca, mirar pollitas, enterrar y recoger, por eso pienso que no me pueden matar, pero también creo que nadie puede llegar preguntando por mi. A mi me toca ver; aunque, pues, quien dice que no llegue uno que quiera preguntar por el que esta sentado en la banca del parque, nadie puede garantizar nada. Yo haría la diferencia, yo entraría preguntando por todos, como lo han hecho todos. Yo entraría así:

“Que hubo pues hijueputas, todos pa` la barra con las manos donde las vea. Quién es... (Aquí nombraría a toda la gente del pueblo, es algo difícil, pero es más difícil quedarse a recoger miembros de muertos toda la hijueputa vida). Hablen que no tenemos toda la noche manada de maricones. Rápido pues, rápido. Hablen o les damos bala hijueputas.

Una de dos, o los mato a todos, o me los llevo a todos para regresar después con todos preguntando por nadie. Aunque es que hay un problema, yo no se de donde sale tanta gente y de pronto cuando todos bajemos a preguntar. ¿Por quien vamos a preguntar, sabiendo que no hay nadie conocido? Ahí se acaba esta vaina, esa es la solución, ojalá pregunten por mi dentro de poquito.

El transitorio día en que Rafael Núñez desapareció de aquí y de allá

La fatalidad nos hace invisibles

Gabriel García Márquez. Crónica de una muerte anunciada.

Enero 23 de 1990.

“Tengo como el corazón en la mano”, dijo antes de desaparecer. Cuatro meses antes de su desaparición se le veía muy turbado por quién sabe qué, no decía nada. En ese tiempo nunca dijo algo que permitiera una aproximación a lo que le pasaba por la cabeza. Lo único que sabemos, y de lo que podemos dar cuenta, es de los indicios efervescentes que nos exponía su actitud. Nos dábamos cuenta de que algo andaba mal, no porque nos dijera, sino porque lo conocíamos, además lo denunciaba con sus maneras. Como a mediados de Agosto, fue cuando empezó a cambiar, nosotros lo notamos. Antes de Julio del año pasado era un muchacho avisado, se le veía siempre primaveral, era de gestos satisfechos, mantenía atareado, continuamente se veía en la calle revoloteando para allá y para acá, eso sí, solo cuando estaba enfermo no teníamos la fortuna de verlo levantar polvo mientras pasaba por las calles, y eso que cuando caía en cama asomaba la cabeza por la ventana para que lo viéramos. Recuerdo que una vez casi se muere, le dio hematuria, casi se muere el pelao pero, pese a esa condenada enfermedad, lo veíamos asomado por la ventana con tremendas cuencas en los parpados y tiritando de frío. Todos en esa época rezábamos para que la orina no se le atrancara,

rezábamos para que la orina le aclarara, para que el muchacho siguiera levantando polvo mientras pasaba. ¡Bendito sea mi Dios!, al muchacho se le aclaró la orina y como tres semanas después estaba revoloteando de nuevo por las calles. Pero a mediados de Agosto el muchacho cambió, durante los cuatro meses creímos que estaba enfermo porque no se asomaba ni para vagar por las calles. Pasábamos bajo su ventana a ver si tenía la cabeza asomada y nada, creíamos que se lo había tragado la tierra. Nosotros le preguntamos a Nubia, su mamá, ella nos dijo que estaba en cama hacía muchos días, pero que no estaba enfermo, pero que sí estaba raro, que no se bañaba, la comida había que embutírsela a la brava porque o si no, no comía. Pero de nada valió que comiera, porque parece muerto, no sabemos nada de él.

Enero 26 de 1990.

“Tengo como el corazón en la mano”, nos dijo apresado por la incertidumbre, una vez en el billar, antes de que se incorporara en casa y desapareciera para nosotros. Le preguntábamos haber si decía algo, pero nunca lo conseguimos, siempre nos dijo que estaba bien, nosotros no le creíamos, nosotros lo conocíamos bien, yo más que todos, tanto es así que su mamá me cargó cuando ella estaba en embarazo, me cargó para saber si lo que llevaba en el vientre era niño o niña. A mí me dio hipo, eso cuenta mi mamá y, claro, el hipo no se equivocó, hasta le pusieron Rafael para que constara que era niño. Yo lo conocía muy bien, yo sabía, todos sabíamos que mentía. Miraba para todos lados cuando estaba con nosotros, mantenía más

pálido que de costumbre, con los cabellos revueltos y con esa mirada ansiosa de puerco que sabe será para noche buena.

A mi me da rabia porque desapareció, parece que la tierra se lo hubiera tragado, nadie da razón de él, no sabemos si está muerto, si se lo llevó “esa gente”, esos que mantienen enterrados en el monte pisando lodazales con botas pantaneras y fusiles al hombro. No sabemos nada. Si el cuerpo apareciera, o si lo viéramos con botas pantaneras y fusil al hombro, quedaríamos más tranquilos, pero nada. Hace tanto tiempo que no sabemos nada de él, que incluso hay gente que lo conoció toda la vida y ahora, después de tanto tiempo, dicen que no se acuerdan de ningún Rafael Núñez. Doña Margot, que fue la que le consiguió la quinina para la hematuria hace días, dijo: “¿Hematuria, orines claros, quinina, Rafael? Mire Martica que no me acuerdo de ese muchacho, ¿es hijo de quién?” Hay mucha gente que ya lo olvidó, en mi caso no puedo decir como muchos: “Ayer me acordé de algo que había olvidado”, yo al contrario digo: “Ayer olvidé algo que no había olvidado”. Sí, a veces se me olvida, pero de una lo recuerdo, una voz dentro de mí me dice: “Rafael”, tardo unos segundos en formar la cara de Rafael, primero es muy narigón, luego no tiene nariz, pero al fin lo cuadro bien. Cuando tengo el presentimiento de que he olvidado algo me voy para la plaza, allá hay un altar con la foto de él adornada con muchas velas. Miro la foto y ya está, me acuerdo de Rafael. Yo le pido a la virgen bendita que no me deje olvidar a Rafael, hasta su mamá ha dudado de su existencia. A veces titubeo, pero veo el altar y la convicción regresa de nuevo. Creo que algún día, Dios no lo quiera, vamos a estar adorando la imagen de Rafael en la plaza como si fuera

Jesucristo, algún día seguramente nos levantaremos y veremos esa foto llena de velitas, y como la gente de por aquí es tan pendeja, no dudarían en arrodillarse por algún motivo.

Febrero 14 de 1990.

“Creo que me persiguen Martha”, me dijo una vez antes de que desapareciera. Fue la única cosa así rara que me dijo. Ese día lo noté más raro que nunca, caminaba y miraba para todas partes. Yo me asusté cuando sacó del bolsillo un espejo disco para mirar quien lo seguía. Lo puso diagonal a su ojo derecho, cosa que pudiera ver atrás. Yo no le dije nada. Nosotros creíamos que se estaba volviendo loco de repente, pero la cosa es que tenía miedo, creía que algo se le estaba velando y que no le querían decir. Pobre Rafa, y la gente que ya empiezan a olvidarlo, hasta yo. Dios quiera que no.

Macario, el que vende mazorcas los fines de semana, una vez me dijo: “¿Martha, el muchacho de Nubia se está volviendo loco?, ayer me dijo que no me compraba una mazorca más que porque yo le echaba matamalezas a las mazorcas que le vendía”. Yo les conté a los muchachos y se rieron durante una semana. Lo cierto es que Rafael en esos días, antes de que se perdiera, se comportaba como un extraño, además su fisonomía tenía más parecido con un chamizo que con la de un cristiano, sus ojos parecían dos grandes bocas, sus brazos dos retazos de chinchorro que colgaban de un barril y sus piernas dos remos de palma. Se había convertido en un ejemplar traído de que quien sabe, de que remoto lugar.

Marzo 3 de 1990.

Después de que Rafael desapareciera sucedieron varias cosas que nadie ha podido explicar, ni siquiera Verónica La Viuda, que es la que mas sabe en este caserío. Rafael desde niño decía que no era necesario esperar a que agosto llegara para que pudiéramos elevar cometa, por eso se le veía meses antes o meses después piloteando una desde el cerro de la finca de Clemente. Rafael le hacía nudos a toda la pita, él decía que cada nudo era un deseo que se cumplía. Cuando la cometa estaba muy alta, se le podía seguir el rastro gracias a la pita llena de nudos, nosotros seguíamos la pita, y claro, era Rafael que la elevaba desde la finca de Clemente, lo encontrábamos sentado comiendo mazorca y haciendo nudos. El caso es que una mañana, meses después de que desapareciera, vimos una pita llena de nudos que cruzaba de lado a lado el pueblo desde lo alto, en un extremo había una cometa y en el otro no sabíamos con certeza que había. Lo único que sabíamos era que venía desde la finca de Clemente. Seguimos el rastro y, efectivamente, venía desde el cerro, solo que esta vez no era Rafael amarrando nudos y comiendo mazorca quien la elevaba, nos sorprendió porque estaba anudada a un palo de ciruela. Todos cuando caminábamos hacia la loma, llevábamos una sonrisa que dibujaba incertidumbre, creíamos que era Rafael quien la elevaba, todos creíamos que era él, porque nadie elevaba cometa un día que no fuera de agosto.

Otro día, el caballo de Rafael apareció enjalmado dando vueltas en la plaza, dio vueltas durante toda la mañana, no hubo alma que pudiera cogerle las riendas al caballo. Muchos intentaron, entre ellos Emeterio y Celedonio, que

toda la vida han vivido de las pesebreras. Nosotros vimos cuando el caballo relinchó, casi se les avienta, empezó a menear la cola para lado y lado, arrugó las orejas y templó el cuello, los muchachos salieron corriendo, llegaron pálidos, dijeron que ese parecía mas el caballo de la difunta esposa, de Verónica La Viuda. El caballo dio vueltas toda la mañana y a eso de las doce del medio día y como una cachetada sorpresiva de quien no se espera, el caballo cesó de dar vueltas, nos miró a todos y emprendió su retirada hasta la pesebrera. Lo vimos cuando dobló la esquina, nosotros nos miramos, entonces comprendimos que aún hospedábamos en el fondo una esperanza de la que, en vigilia, desprovista de actos inopinados, no nos dábamos cuenta que pulsaba desde las profundidades. Corrimos hasta la pesebrera, que sorpresa tremenda la que nos llevamos cuando vimos el caballo tomando miel de purga y sin enjalar.

Después de esos dos incidentes nosotros dudábamos de cada paso y palabra que intentábamos. Era terrible dudar de nuestra propia vida, porque hasta eso llegamos a repasar. Nos preguntábamos entre nosotros si alguien no veía el sol, si las gaviotas de las seis de la tarde habían pasado. Teníamos que localizar la aceptación del otro para estar seguros de nuestro semblante, mejor dicho, nos fiábamos de los sentidos del otro para no dudar en ningún momento. Casi siempre era yo quien preguntaba, preguntaba muchas cosas: “¿Ven a Jacinta vendiendo ruda? ¿Es ese Gaspar el que pasa borracho? ¿Alcanzan a ver a Claudio vendiendo el Carbón? Por fortuna, siempre escuchaba un sí general que se desprendía de nuestro trasnochado discernimiento, que sonaba como un “estamos locos, ojalá Rafael aparezca”.

Verónica La Viuda, un día, mientras pasaba frente a su casa, me gritó sentada desde su mecedora en el antejardín: “El muchacho no está perdido”. Yo no pude contestarle, solo miré detenidamente cada uno de los pliegues que dan forma a su catadura, miré como se neceaba entre alelís y flores de calabazo. No pude contestarle porque siempre me ha intimidado, aunque más que ella, me intimida el recuerdo que tiene mi memoria de lo que se ha contado de ella. “Se equivocan, siempre lo veo. –Prosiguió Verónica- No hace falta un hipo para conocer a una persona”.

Yo subía por la loma, no me atrevía a voltear la mirada. Después de eso intenté olvidarlo, le estaba dando mucha importancia a esas palabras, luego me dije: “Verónica está loca, siempre lo ha estado y siempre lo estará”, no quise pensar más en eso.

Marzo 16 de 1990.

Jacinta dice que la ruda es buena para esclarecer situaciones y encontrar perdidos. Jacinta siempre está dando recomendaciones con la ruda, hemos optado por ser indiferentes. “Sirve para darle color al cuero, lustrar zapatos, es buena como adobo”, eso dice cada vez que ve la oportunidad de venta. “Un buen trozo de carbón tras la puerta hace regresar al muchacho, vea, compren un bultico y lo tiran al río; sino, enciendan durante tres días, bajo un guayacán, en partes iguales, un bulto, eso le ilumina el camino al embolatado.” Eso dice Claudio. Todos hace días, ahora no, ya empiezan a olvidarlo; estaban en la misma tónica con nosotros, nos recomendaban una cosa y la otra para no perder la esperanza, pero ellos ya la han perdido, todo mundo hace como si

Rafael nunca se hubiese perdido, es quizá esa la razón y no otra la de esa fingida distracción, ese olvido que aceptan con postura tan cobarde y abatida.

Abril 10 de 1990.

Los muchachos juegan bingo hasta altas horas de la noche, escucho desde mi ventana el conocido, “párela”, que grita el ganador. No me dejan dormir.

Agosto 24 de 1991.

Tengo la sensación de que he olvidado algo. No puedo recordar que es ese algo. Mi pensamiento intenta formar un rostro, primero es muy narigón, luego no tiene nariz y después no es nada conocido. Hace días en la plaza apareció un retrato de un muchacho adornado con velas y velones, nadie pudo dar cuentas de quien lo había puesto allí. Nubia y doña Margot dijeron que era brujería, por eso los más creyentes le echaron agua bendita y ruda, lo quemaron con carbón y echaron las cenizas, junto con las velas y los velones, en un costal. A los muchachos y a mi nos dejaron la tarea de tirarlo al río para que toda intención oscura se la llevara la corriente. Dicen que fue obra de Verónica la Viuda.

Octubre 21 de 1991.

Ayer apareció un caballo enjalmado. Nadie sabe de donde salió. Emeterio y Celedonio dicen que ese caballo era de la que fue mujer de Verónica. Por esa razón lo sacrificaron. Nubia y las católicas dijeron que eso era brujería, que había que echarle agua bendita, luego ruda y, por último, ponerle una tiza de

carbón caliente en la frente para que la intención no diera resultado. A los muchachos les tocó enterrarlo.

Noviembre 25 de 1999.

Hace ocho años tengo la terrible sensación de haber olvidado algo, hace ocho años tengo acidez en la boca del estómago, no se me quita con cristales de sábila, ni con agua de caléndula. He tomado centenares de litros de agua bendita y ruda. No me ha servido.

No soy la única que cree haber olvidado algo. El pueblo entero está en una incertidumbre que crece cada día como la acidez en cada uno de ellos, porque no soy la única que sufre de ese mal. Todos toman agua bendita y bebida de ruda, no les sirve. El cura se la pasa bendiciendo todos los días galones de agua para ese mal. Jacinta viaja a la capital cada ocho días porque su parcela ya no da abasto, además Claudio ha doblado su trabajo para el bulto semanal que se quema en la plaza con el propósito de menguar las malas intenciones, porque dicen que esa acidez, es intención de Verónica.

Todos nos preguntamos constantemente: “¿Recuerdas qué olvidé?”, no podemos responder porque no conocemos lo que hemos olvidado. Pero todos concluimos en que era algo importante. Es una sensación terrible, es como si las palabras se las llevara el viento y el recuerdo se lo tragara el humo semanal del carbón. Vivo con las palabras en la boca, palabras que no puedo pronunciar porque no las conozco, el recuerdo me es imposible, primero es una gran nariz y luego no es nada. Todos dicen que ven una gran nariz y luego no ven nada. Esa terrible sensación es como una certeza, se parece a la felicidad que no

conocemos, es algo así como cuando tenemos confianza, la confianza es una sensación de llenura en el alma, ese presentimiento se convierte en incertidumbre. Aquel sentimiento es una imagen que se proyecta en nuestra memoria, es una premonición que viene por sacudidas que no se revelan a la mención de las palabras, es un olvido que sabe a monedas, que nos arde en la boca del estómago.

Diciembre 28 de 1999.

Ayer, como todos los días, nos levantamos con la gran pesadumbre de haber olvidado y con la gran hinchazón en la boca del estómago; la ruda no nos vale y el agua bendita parece que alimentara ese calor estomacal. Decidimos no volver a quemar el carbón.

Ayer, como ningún otro día, llegó un forastero, traía botas pantaneras, de las que usa “Esa gente”; creemos que hace parte de los que pisan lodazales, nos llamó a todos por el nombre, nos pareció raro porque no lo conocíamos. Lo vimos y tuvimos una vez más la certeza de que habíamos olvidado algo, la irresolución pasó a convertirse en nosotros, ya no éramos cristianos de carne y hueso, éramos incertidumbre y amargas vísceras. La boca del estómago se contrajo y quemó como ningún otro día en estos ocho años de insospechados recuerdos. Nos quemamos por dentro, eran minerales que encendían las vísceras. Recordamos dos fosas nasales que hacen parte de una nariz, vimos el vacío en nuestra cabeza, vimos como una enorme nariz desaparecía para siempre de nuestra memoria, una nariz colectiva que, diluida entre pensamientos, ya no era una nariz, entre nuestra acidez mutua, desaparecía por

debajo de vendavales de agua bendita y bebida de ruda. La acidez pasó de la boca del estómago al alma, la boca nos sabía a monedas viejas, a metales, a óxido de galeritas viejas de mina, nos ardía el alma y el olvido como nunca, nuestras entrañas eran brazas que se consumían para desaparecer la mala intención de Verónica, eran brazas que adoptaban nuestro dolor de vientre. Ahora el forastero es un recuerdo, nosotros, mientras tanto, seguiremos con el ardor y la sospecha de haber olvidado algo.

La casa parecía llena de gente que no duerme por la noche

La mujer tardó cinco minutos en reunirse con él.

Santuario. Faulkner.

Bajo el sombrero curtido de iraca, de cinta negra y frunces imprevistos, el hombre vigilaba las velas con un silencio pesado, desigual al temblor de cada una de las llamas. El humo del cigarrillo brotaba a borbollones por cada uno de los costados de su rostro en cerrazón, adquiriendo un vaho que escalaba hasta lo alto de la farola que iluminaba la calle. Su rostro disimulado por la sombra, sólo permitía ver un impenetrable bigote sobre la barbilla tostada, rebanada por un sol de años. Tenía puesta una pantaloneta que subía un poco más arriba de las rodillas y que ponía a la vista el cordón que salía de la pretina; su vientre daba cuentas de una enorme profundidad y de una juventud eficaz entre fondas de arrabales desconocidos, llevaba puestas unas botas mutiladas que hacían las veces de sandalias, le había cortado la punta para asomar los dedos y, el extremo inferior, para arrastrar el talón; su torso estaba desnudo.

—Ese hombre me da miedo. —dijo Ofelia a su marido, luego de plegar la cortina por donde había visto al hombre.

—Es extraño, pero es un buen tipo —contestó—. El año pasado encendió las velas dos días después porque no pudo ese día. No se me hace raro que las vigile. Parece creyente.

—Nunca he visto sus ojos, es raro. ¿Has visto las sandalias que lleva?
—Dice su mujer mientras se sienta en una de las sillas del comedor despidiendo un gran suspiro.

—De joven, tenía unas iguales, él las lleva de viejo. Eso no nos hace malos hombres —Continúa su esposo al terminar de pegar las últimas tablas que hacían falta en el tabique que comunica la cocina con el lavadero.

Tras la puerta de la vivienda se escuchaba la algarabía de niños que jugaban.

—Me agrada; me gusta que encienda las velas el ocho de diciembre, cosa que nosotros nunca hemos hecho —dice el hombre arrastrando sus zapatos sin anudar, mientras se dirige a la cocina con el martillo en la mano. Su mujer permanece en la silla. Tranquilizo

—Míralo, allí parado, vigilando las velas mientras fuma recostado a la pared,
—dice la mujer asomada bajo la cortina por uno de los costados de la ventana.

—Apuesto a que si yo hago lo mismo quizás alguna mujer sin oficio haga lo mismo que tú —dice el hombre apoyado en un sillón—. El año pasado estaba descalzo.

—Las personas cambian de acera cuando ven al tipo; eso dice mucho. Pronto las velas se consumirán, son las últimas que quedan en la calle. Los vecinos ya han entrado sus faroles —dice la mujer todavía bajo la cortina.

—Hoy leí que un cantante para alcanzar las notas más altas, se cortó un brazo mientras grababa su nuevo disco —dice el hombre con ánimo de cambiar de tema.

—Está recogiendo los pabilos, parece una bestia con sombrero cuando se agacha, un buda que exhala humo —dice la mujer con excitación.

—Ya lo había hecho con una pierna, esta vez lo hizo con el brazo, ¿la próxima vez con que será?

Tras la fachada de la casa aun quedan varios niños que juegan en medio de la algarabía. El ambiente había quedado depurado con la sensación de estrechez en las calles iluminadas por una luz ondulada que se colaba por la incorporación del humo casi imperceptible de las velas. Las farolas estimulaban las sombras que permanecían quietas sobre el sonido tembloroso de la noche, arriba del silencio de la ojeada de tantos que permanecían situados en balcones, ventanas y puertas, a la espera de que las festividades del día terminaran como todos los años. Los cuchicheos progresivos del día ya empezaban a caer sobre el asfalto.

—¿Hace cuánto no fumas dentro de la casa? —pregunta la mujer, esta vez sentada y con la cortina distendida.

—Desde la última vez.

—¿Cuándo fue la última vez? —dice Ofelia sin acatar la ironía de la respuesta.

—Lo he olvidado. —pensó el hombre mirando su brazo con contemplación.

—¿Cuándo fue? —insiste la mujer mirando de nuevo por la ventana.

—De aquella vez sólo recuerdo un pequeño punto rojo en medio de una gran oscuridad, como si fuera una mancha de sangre en un telón negro que está frente a los ojos, que nos oculta el rostro. No veo nada más, parece que me

hubiera saltado de un brinco ese instante de mi vida —responde el hombre mirando su brazo y su pierna conjuntamente.

—Eso ya hace mucho tiempo. —Dice la mujer mientras se para de la silla. Se dirige a la cocina, en el trayecto coge el martillo y lo pone sobre el marco de la ventana de la cocina que da al patio de la casa. Enciende una de las hornillas de la estufa y se recuesta en la estantería de madera. Observa cómo su esposo detalla cada pliegue de su brazo haciendo movimientos paulatinos y lentos.

—¿Escuchaste lo que te conté del cantante? —Pregunta el hombre desde el sillón. La mujer no advierte el rostro de su esposo que está tras la cabecera, sólo reconoce su brazo, parece que fuera él quien preguntara y no una fisonomía que se oculta.

—No. —Responde su mujer, mientras apaga la hornilla y vierte sobre la taza el contenido que acaba de calentar.

El hombre no responde. La mujer se dirige hasta uno de los sillones, no sin antes asomarse por uno de los costados de la ventana que da a la calle.

—Se ha ido. —Dice la mujer con tranquilidad mientras cierra la ventana

—¿Quién; el brazo o la pierna?

—¿Qué?

—Sí, ¿Quién se ha ido? Insiste el hombre.

—El hombre de la otra calle, el de las velas.

—¡Ah!, entiendo. —Contesta el hombre afectado por una sorpresa mal disimulada.

Afuera, en la calle, todo es antigua afonía. El sueño de un día agitado cae sobre cada hombre que se sumerge entre mares de tiempo y espacio, todo se funde en un solo vacío. Tanques de guerra, árboles frutales, caminos que llevan a lugares indeterminados, cielos escarlatas y dominios que se hunden entre terrenos delirantes de sudor y lodo; palmeras, animales nebulosos que chocan entre murallas de concreto, dan vida a nuevos géneros, que solo existen entre los espejismos del cansancio producto de una monotonía fragmentada como bolsas de vidrio, que son sacudidas por la mano de muchos y por el coraje de uno. Diálogos incongruentes y saltos de gigante son el vertiginoso vuelo de las pequeñas muertes nocturnas.

Un sombrero de cinta negra, anudado a un montón de iraca amorfa, descansa sobre un nochero sin cajones; un par de sandalias, que prometieron ser otra cosa, yacen intactas a un lado de la cama; la bombilla no sirve, el espejo está roto y la cama asimétrica se inclina hacia una bolsa llena de pabilos de vela. Se escuchan los últimos suspiros de la noche y uno que otro grito de algún niño que se divierte. Se escucha prontamente el golpe en una puerta, un golpe de resorte, parece un balón.

—Malditos muchachos. —Murmura Ofelia desde el sillón a punto de terminar el contenido de la taza. Observa a su marido.

—¿Te han dicho que eres la mujer mas insoportable y testaruda de la tierra?, ¿Te han dicho alguna vez que te preocupas por tonterías que no deberían de importarte? —dice el hombre con la mirada puesta en una mariposa que se estrella contra la lámpara de la sala.

—Claro, me lo dices a cada rato. Justo hace un año me los has dicho —dice la mujer interrumpiéndose casi de inmediato:

—Perdón, usted me lo ha dicho muchas veces. Justo hace un año me lo dijo —dice cuando da el último trago.

—¿Y por qué no hace algo? —responde el hombre cruzando la pierna sin perder de vista a la mariposa que ahora está sobre la pared.

—No creo que deba —dice la mujer mirándolo a los ojos—. Ofelia se levanta del sillón, abre la puerta de cal a canto y ve sentado al otro extremo de la calle a un niño agitado que sostiene bajo el brazo un balón.

—Fue el hijo de Enoe quien golpeó la puerta —dice mientras pasa la mirada por toda la calle desde el marco de la puerta. Cierra la puerta y con uno de sus pies acomoda el tapete. Se dirige de nuevo a la cocina con pasos sosegados, apaga el interruptor y regresa de nuevo al sillón.

—¿Sabes por qué una mujer odia a los niños y por qué se preocupa por un hombre que vigila sus velas un ocho de diciembre? —pregunta el hombre desde el sillón buscando la mariposa que ha perdido de vista.

—Porque no puede tener hijos y porque tiene un marido tranquilo, que no se preocupa de sus erecciones —responde ella.

—¿Por qué lo sabes? —pregunta el hombre mirando de nuevo su brazo.

—Porque siempre hace la misma pregunta, porque siempre recuerdo la respuesta. —Contesta la mujer, luego de bostezar y cruzando los pies como aquellos que están adormilados.

Los dedos que se asoman por el hueco improvisado de unas sandalias se menean, se coquetean entre sí. El punto rojo en medio de un telón negro de

una sola sombra se contrae y se amplía, luego de una bocanada. La cama recta y el sombrero sobre la cabeza que no se ve, improvisan movimientos de expansión en el cuarto.

—¿El hombre de las velas vive solo? —pregunta la mujer mientras sacude el polvo de la repisa de la sala.

—Siempre lo he visto solo, pero al parecer vive con más personas. Creo que madrugan y llegan tarde. —Responde el hombre mientras observa a la mariposa detenida, con las alas extendidas, a un lado de la bombilla del techo. Toca su brazo.

—No he visto que alguien llegue esta noche. —Dice la mujer, esta vez barriendo los rincones de la cocina.

—Que no los vea no quiere decir que no existan.

El hombre se levanta del sofá y se dirige al tocadiscos. Suena una canción.

—Esa canción usted me la dedicó alguna vez cerca a estas fechas. Y mírenos, usted es un...

—“El mundo es mi... tus besos son para mí un juego... tengo que partir”
—canta el hombre asomado por la puerta entreabierta.

—Yo diría más bien que esta casa es su país, de los besos no sé que decir... y pues, de lo de partir, ni hablar. —Murmura Ofelia cuando pasa el trapo húmedo por el vidrio del comedor.

—He cometido muchos errores en mi vida... —cuchichea el hombre moviendo una mesa. Continúa:

—Esta mesa está coja.

—Y la cama, el tocador, el armario, el baúl, las repisas y la mesa de aplanchar.

—No tenemos cama, tenemos sillones. ¿Lo olvidó?

—Creí que usted lo había olvidado. Quizás si lo olvida puede verla y repararla.

El hombre guarda silencio. Abre la cortina y mira en dirección a la casa del hombre.

El sonido esporádico del caucho sobre la baldosa da la sensación de detenimiento pasajero. El sombrero de iraca se topa, en una de las bandas de la ventana con una cortina áspera, sin movimiento, que se arrastra sobre el suelo.

—Creo que él también nos observa —dice pegado a la pared.

—¿Quién? —pregunta la mujer sin dejar de limpiar los sillones.

—El hombre de las velas. —responde el hombre desde el marco de la puerta sin abrir.

—Seguro espera a que lleguen sus familiares. No le gustará dormir solo.

—Seguro es eso. ¿Nosotros no esperamos a nadie?

—A nadie, estamos solos en el mundo, al menos él tiene velas. —Propone la mujer desde el patio. Entra al baño, se maquilla mientras canturrea una canción indefinida.

—Creí que esperábamos a alguien todos estos años. Para que se maquilla todas las noches si no esperamos a nadie ¿para mí?; no entiendo nada. —Dice el hombre con la cabeza gacha. Se topa con que la mariposa está extendida en

el suelo dando tumbos, entonces pone un pie sobre ella—. Se le olvidó esta mariposa muerta, siempre olvida las mariposas muertas.

—Esa la dejo para mañana —contesta desde el baño.

—Hace mucho que no hay mañana. De hecho ya es mañana, si a eso se refiere.

—Tonterías, los días son como una carretera, planos. Menos para ellos; duermen. ¿Entiende? Solo que me gusta hablar como ellos —dice la mujer desde el corredor mientras camina hacia la ventana. Abre la cortina.

El hombre de las velas permanece tras la cortina porosa.

—No lo veo, pero sé que está allí. —Dice la mujer.

Hace tres horas la calle permanece vacía, solo se escucha el eco de las nubes que vienen desde el otro lado del mundo, el eco de voces abandonadas sobre alguna mesa y de apariencias detenidas en algún lugar. Los ojos que se detienen sobre una cortina que lo observa, la cortina que observa otra cortina porosa hacen parte de un perpetuo aislamiento.

—¿Los plátanos cocinados ya se acabaron? —pregunta el hombre cambiando el disco del minicomponente.

—Se terminaron hace ocho días, sólo queda el claro —responde ella mientras se calza los tacones—. En la nevera hay ensalada y arroz, pero tienen lama.

—Entonces sírvame ensalada, de sobremesa me puede dar claro.

—Está vinagre. Deje de ser mantenido, si quiere comer vaya sírvase usted, para eso tiene manos y pies.

—¿Si los cortase, entonces me serviría?

—Se le haría más difícil servirse, la vida se le haría más complicada —responde la mujer mientras taconeando por la sala-. Parecen nuevos, el tacón está intacto —dice con la cabeza agachada, mirándolos de lado.

—¿Hace cuánto no me das un beso, Ofelia? —pregunta luego de reparar a la mujer de pies a cabeza, mientras escucha el sonido sordo de los tacones sobre la baldosa.

—Hace mucho.

—Hace cuánto no hacemos el amor...

—No recuerdo haberlo hecho algún día.

—Ingrata —dice el hombre mientras persigue con la mirada una mariposa que camina sobre la cortina.

Ofelia camina un par de minutos más por todos los corredores de la casa, luego se apoya sobre el comedor y desabrocha los tacones, los arroja bajo la mesa y descansa en una de las sillas.

—Ese día tuve una especie de iluminación. Veía el mundo con otros ojos, recuerdo que todo era rápido y de colores intensos. Veía como las personas iban y venían por las calles, los autos, las motocicletas, las palomas con la modorra de las seis de la tarde, las nubes que se perdían; ese día comprendí que las nubes se movían y los pájaros caminaban, todo era veloz. Yo franqueaba tragos pausados de café esperando a que usted llegara, llegó catorce minutos tarde. Llegó con cara de retardada mental, creí que estaba enferma; también la vi rápida. Mientras esperaba, yo le daba vueltas al cigarrillo, esperando a que los hombres que comían como cerdos se marcharan para poder encenderlo; ¿sabe?, es incomodo comer con el humo aferrado a la

nariz. Ofelia, ese día supe que años después estaríamos en esta casa: usted haciendo cosas imprecisas y yo esperando no sé que maldita cosa. Usted pidió un café americano, yo hice fuerza para que el dinero me alcanzara, para que usted no pidiera alguna mierda a la que no está acostumbrada. No recuerdo que tonterías conversamos. Yo estaba quieto, con la mirada inmóvil en el mundo. Usted ese día no me importó, de hecho días después pensé que usted no existía. Ese día las calles parecían más estrechas, yo un par de ojos y usted una sombra.

—No fue un americano lo que pedí, fue un Garibaldi. Se me puso la cara roja, pedí agua helada, sin embargo, no podía parar de tomarlo; además yo fui la que pagó, usted nunca tenía plata. Y lo de la llegada tarde, se llama margen de cortesía —dice la mujer hojeando una revista.

—Ofelia —dice el hombre cruzando las piernas, mientras observaba con detenimiento el hilo de hormigas que atravesaban uno de los extremos del techo-, usted parecía vieja, llevaba una cara increíble, se puso más fea tomando ese café. En cambio yo era guapo...

— “Era” muy bien dicho —interrumpe la mujer mientras lee y quita lanas del sillón-, ¿de qué le vale?

—El recuerdo es lo único de lo que podemos estar seguros, es lo único que tenemos.

—¿De qué le vale? Ya no lo es... además, usted no está seguro de lo que recuerda.

—¿Usted sí?

Ofelia guarda silencio.

—Contésteme, -dice el hombre mirándola.

—¿Recuerdas cuando fuimos a Rennes de paseo? Recuerdas que cruzamos el Mar Cantábrico para llegar a la Roche- sur- Yon, luego a Nantes, Le Mans y finalmente Rennes? La pasamos bien. —Dice Ofelia sin dejar de pasar las hojas de la revista.

—No recuerdo.

—Llevabas unas botas de cuero, te las dio mi papá

—Odio las botas, no recuerdo que usted haya tenido familia alguna vez.

—Entiéndeme, construyamos un pasado, aunque no estemos seguros.

—Entiendo. A pesar de que odio las botas, ese día llevaba unas puestas. El día estaba nublado, recuerdo que compramos una botella de vino para tomar en la playa.

—No fue vino, fue Whiskey...

—Oh, sí; lo olvidaba —dice el hombre asomado por uno de los costados de la ventana-. Ese día perdimos el equipaje.

—No fue ese día, fue tres días después en Montpellier.

—Siempre eres tan conflictiva —dice el hombre alisando con la palma de las manos la cortina que esta arrugada en uno de los pliegues. Luego ambos guardan silencio. Varios minutos después continúan:

—¿Dónde queda Rennes?

—En Francia.

—Odio Francia —mientras da la espalda a su mujer; acariciando con el índice la pintura de la niña que presiona las niguas de sus pies, comenta.

—Quizás tenemos miedo, tenemos miedo de no despertar. Le tememos al hombre de las velas, a su sombrero, a su barriga y a su cara ensombrecida. Por eso no tenemos cama, por esa razón todas las cosas de esta casa están dañadas y sucias, queremos mantener ocupados todas las noches para no dormir.

—Quizás queremos que la vida parezca más larga, que sea recta, sin pausas que den la sensación de interrupción, quizás no queremos perder tiempo sobre un colchón, quizás por eso hace tanto no hacemos el amor y el claro está vinagre, tal vez por eso los plátanos cocinados hace ocho días se acabaron, puede que sea la espera y su taconeo sobre la baldosa. Puede que sea eso.

—Una vez sentí un temblor en el pecho —dice Ofelia desde el marco de la puerta que da a la cocina—. Era como si cerraran una puerta dentro de mí, como si cerraran un cajón y abrieran un hueco con una pala. Fíjese que ese día introduje uno de mis dedos en mi oído y sentí un “ohm” que sacudía mi cabeza, sentía, que todas las puertas de la casa se fueran a abrir, como si tras ella hubiera una multitud que esperaba a que me quedara dormida para hacerme alguna cosa. Tuve que prender todas las luces de la casa y abrir cada puerta, cajón y ventana para sentirme tranquila, luego las puertas crujían, se querían cerrar para que el miedo volviera a la punta de mi lengua. No me tranquilicé, puse música; eran las dos de la mañana, abrí los grifos, tiraba cucharas al suelo y caminaba sobre ellas; quemaban mis pies, después cogí una cacerola y un cucharón para sentirme acompañada, luego los perros ladraron y supe que estaba amaneciendo, yo hacía bulla: cantaba, gritaba y le daba puntapiés a

todo lo que se me atravesaba. Ese día la casa daba tumbos por todas partes; nunca en mi vida me sentí tan sola en el mundo, parecía que afuera el mundo se derritiera por todas partes. Fue terrible. Después amaneció y supe que no estaba sola, llegó la algarabía del día y me perdí, en ese instante no sabía que era peor, si la soledad o la compañía de tantos desconocidos que estaban afuera. ¿Sabe?, esa misma noche se repitió, solo que me dije: “Es la algarabía del día, lo que pasa es que no los puedo ver.” Y ya, con esas palabras me tranquilicé, sin embargo, de esa vez conservo un dolor en el cuello, no se ha podido quitar.

—A mi me pasó una vez algo parecido, sólo que no me dije nada. A mi me tranquilizó el olor de su sexo en mis dedos, me quedé dormido con los dedos sobre mi nariz —dice el hombre inspeccionando la licorera de la sala—. Sin embargo, encendí la luz de mi cuarto.

—Si tuviéramos hijos no nos sentiríamos tan solos.

—Algún día tuvimos un gato.

—Sí, pero murió de soledad.

—¿Y los canarios?

—También. Sólo nos acompañan cucarachas, mariposas y hormigas. Siempre nos han acompañado —dice la mujer con desaire. Continúa con asentó largo y detenido:

—Siempre.

—El hombre ya no nos observa, parece que no está tras la cortina, se ha marchado quizá duerma. Debe detestar ese sombrero, seguro también odia esta fecha, aunque encienda velas. ¿Mujer, a quién esperamos?

—A nadie, ¿Por qué sudas?

—Siempre se espera ¿nosotros a quién esperamos?

—Quizás esperamos al hombre de las velas, esperamos a que venga, a que no nos mire. Tal vez esperamos a que la olla se llene de plátanos cocinados, a que el claro ya no esté vinagre y a que la lama del arroz desaparezca.

—Puede ser —dice el hombre recostado de nuevo sobre el sillón—. Esperamos a ser un recuerdo también.

—Algún día podríamos arrancar las puertas de esta casa y silenciar los perros- dice la mujer acercándose a su esposo por la espalda.

—Sí, podríamos hacerlo algún día —contesta el hombre con un nudo en la garganta—. Podríamos hacerlo algún día, también algún día podríamos hacer el amor, darnos un beso y cocinar los plátanos nosotros mismos.

La mujer se acerca a él con pasos tranquilos, le dice al oído, mientras en la calle la algarabía de la noche da su puntada final: “podríamos disparar a todo lo que se mueva”. Ofelia se dirige hasta la ventana como aquel que no quiere llegar a ninguna parte, corre la cortina y mira tras el vidrio, posteriormente dice a su marido con aire resignado

—Ese hombre me da miedo, míralo, allí parado vigilando las velas recostado a la pared mientras fuma.

La necia historia de un hombre

-Ando aturdida, turco. Me estoy muriendo sin darme cuenta —comentó.

Isabel Allende.

Su espalda se desliza verticalmente por una de las paredes de esterilla, quiere aguardar sentada en la butaca que esta recostada a un lado de la ventana tupida de tablones encorvados. Resbala su mirada por uno de los cordones de luz que se filtran por el agujero de una de las abrazaderas de alambre que sostienen el techo de latón.

—Estos quince minutos me han parecido dos horas y media —piensa después de unir el prendedor de cuero a la correa de su viejo tacón. Luego continúa mientras pasa las hojas que recibió el día anterior:

—Estoy segura de haber leído esto antes —dice.

El fleco de luz sigue deslizándose. Alguien abre la puerta.

—¡Reinaldo!, por fin haz llegado, vámonos. —Dice la mujer parándose con firmeza de la butaca y arrojando al suelo las hojas que sus manos sujetaban.

— ¿Cuál es su nombre? —, pregunta Reinaldo con un movimiento estable de cabeza.

—María Isménia Aricapa —, dice despreocupada. Luego continúa:

—Reinaldo, podrías enviar estas cartas —dice recogiendo algunas que están bajo la sillas—. Tráeme más hojas y un lapicero, el que me diste se acaba de terminar.

—No, su nombre es: Ofelia Zayas. Y sí, yo las mando. Además tiene correspondencia en la otra habitación, también se la traigo, pero tienes que esperar.

—Que tontería... “Ofelia Zayas” —piensa.

—Ofelia, espéreme un par de minutos más —interrumpe el hombre desde el quicio de la puerta con tono reposado.

—No te puedo esperar más, tengo obligaciones. Te haz pasado toda la tarde diciendo lo mismo: “espéreme un par de minutos más”. Y ya van como dos horas y media. De hecho, ni siquiera se por que estoy aquí, no me lo has dicho.

—Embustera, van quince minutos nada más. —responde el hombre dando la espalda a la mujer.

—Está bien, pero no tardes. Si tardas más de lo convenido, me marcharé y...

—Sí, sí; no tardo.

El hombre se marcha por la puerta. La mujer recoge del suelo un puñado de tierra y la pasa de una mano a otra e inmediatamente después está sentada en la butaca.

—Quince minutos... Ofelia Zayas... —murmura cuando el cordón de luz, casi imperceptible, se sacude.

La pulsión de la tarde y las partículas de polvo caen sobre el suelo. Bajo el vaho apagado de las sombras se acunan los latidos de un perro que anuncia una visita remota. Los últimos rayos de sol prometen una noche fría. Los árboles que rodean cada uno de los costados externos del cuarto, se apresan

al silencio melancólico de la oscuridad en cien sonidos de espesura, y ya maduran los inaugurales temblores de la noche.

Alguien abre la puerta.

—¡Por Dios Reinaldo! Vámonos... ¿que traes en la mano?

—Su comida.

—¿Y en la otra?

—Su bebida.

— ¿Para qué, si no tengo hambre?

—Más rato la tendrá.

—¿Insinúas que tengo que esperarte más? Una cosa...

Y haciendo un raro movimiento de cabeza con gestos apresurados continua:

—Reinaldo, hace rato fui a comprar un brazo de reina al frente, estaba asqueroso, me quejaré con el propietario. ¿Lo podrías hacer por mí? Fíjese que ya me tengo que ir.

—Siéntese, espéreme; yo le hago el favor como lo hice con el carnicero, con el.... Con todos.

—No olvides el párroco, Reinaldo.

—Si, tranquila, no lo olvido. Siéntese y espere. Ahora vuelvo para que nos vayamos.

El hombre deja los recipientes sobre la mesa y las cartas que la mujer minutos antes le ha entregado para que le enviara a aquel vago destinatario. No trae hojas ni lapicero, no quiere comprometerse con ella más de lo debido. “Aquí están las cartas que le mandaron, Isménia”, señala; da la espalda y luego de cerrar la puerta dice:

— Más de veinte años de secuestro y aún no se acostumbra.

La inmortalidad nos acompaña

(Padre nuestro...)

Mientras Adíela recogía de un extremo del tubo la cortina, por la ventana un aluvión solar esbozaba las rejas rizadas sobre el piso de mineral ambarino. Ella fruncía y extendía, con la mirada puesta en ambas partes, la cortina para interrumpir la riada del sol sobre el suelo. Para ella era entretenido.

(...que estas en los cielos...)

—Baje ya esa cortina, lleva como media hora jugando con la sombra. Parece que no se quisiera ir —dijo su esposo sin dejar de anudar las cajas en una esquina de la sala.

Adíela no contradijo a su esposo: Desmontó los sostenedores, dobló la cortina y acomodó el tubo en una esquina. El sol rodó por entre la ventana abierta hasta donde estaban las maletas desparramadas sin anudar.

—¿Ole, pero usted que está haciendo, Adíela? —dijo el hombre cuando vio que su esposa, a un borde de la luz que entraba por la ventana, jugaba con la sombra de su pie elevado. Luego continuó:

—Ave María, usted si es muy ocurrente, Adíela, es capaz de quitarse las arrastraderas para verse los dedos en la sombra. Vaya quite las maletas del sol, vea que allá están los quesos y se vinagran —dijo el hombre caminando por la sala mientras envolvía la fibra que lo acosaba tras él como una cola esquelética.

Adíela empujó las sandalias y de un tirón acomodó las maletas a un lado de las cajas anudadas donde el sol no alcanzaba.

—No ha empacado los trastes, si no los empaca lo hago yo. Y póngase las arrastraderas, ese mineral es duro de quitar.

Cuando escuchó al hombre, Adíela deslizó sus pies hasta la cocina sin ajustarse las sandalias. Si su esposo se metía en la cocina, seguramente los platos de florecitas rosadas irían con los de cuadros azules en la misma caja; las tazas, revueltas con los pocillos y los vasos plásticos; las ollas para cocinarle a las visitas, con las cacerolas y los sartenes donde cocinaban ellos; la chocolatera, en la misma caja de la callana; las cucharas de cabo verde, con las que no tenían cabo; los cucharones para la sopa, con el de los frisoles; las cucharas de palo, con las de pasta; la olla arrocera y la licuadora, tenía que envolverlas en papel periódico para que no se pelaran, por supuesto que eso no lo haría él, para él ocho era lo mismo que ochenta, además no le importaba que la buena suerte los hubiera premiado con la ancheta, donde venían cubiertas en papel celofán.

Ni que pensar de los víveres: su esposo embutiría en la misma tula la panela, el arroz, el frijol, las lentejas, la sal, el azúcar, los cereales, el chocolate, las frutas, las verduras. Ella lo haría con exactitud: La sal en una bolsita anudada por un resorte; los plátanos, en doble bolsa; la yuca y la papa, en tripe bolsa; los tomates, en una malla; las naranjas, los limones y las mandarinas, en una canasta; el café, en un tarro de alpaca; el chocolate, en papel de panadería. Todo minuciosamente organizado para no tener enredos y para que la comida no escaseara por descuido de él.

“Tantos trebejos, si nos lleváramos lo que sirve hasta nos tocaría dejarnos a nosotros.”, se dijo el hombre cuando encontró dentro de un carriel, de correa

suelta, la libreta militar de su suegro del año cuarenta y nueve. “Libertad y orden...libertad y orden mí... vida puerca”, dijo cuando la metía en uno de los bolsillos. Caminó por la sala observando las cajas apiladas, los costales rollizos de ropa y las maletas a medio cerrar.

“Esta Adíela”, dijo cuando vio que los rayos del sol daban contra las maletas donde estaban los quesos.

—Adíela, le dije que el cuadro del sagrado corazón de Jesús no puede ir amarrado junto con el cuadro de la niña de las niguas y el llorón. Es pecado, tiene que ir amarrado sólo y envuelto en las cortinas para que no se pele. Además vea que usted metió el Bristol en el marco del cuadro del Señor —dijo desde el quicio de la puerta de la cocina. Adíela, acucillada, anudaba la bolsa de la basura—. Estoy aterrado de tanta pendejada que tenemos.

(...santificado sea tu nombre...)

—Buenas, Don Rangel, que manda a decir mi mamá que no se les olvide recoger la ropa que llevaron a secar en el patio y la plata de las arepas que le debe de la semana.—dijo un niño tras la ventana ajustada.

—Dígale que se quede con la ropa—contestó Rangel, tras la ventana, luego de terminar de anudar las últimas bolsas.

(...venga a nosotros tu reino...)

“Ya se me había olvidado que tenía un hermano muerto”, se dijo cuando encontró el recorte de periódico dentro de una cartuchera sin cremallera. “*Dos pelotones del Ejército Nacional, se enfrentaron entre sí al creer que eran bandidos. Catorce soldados muertos y ocho más heridos*”, leyó. Tenía señalado, en la fotografía del recorte, con tinta azul, la cabeza del que él creía

era su hermano en medio de un surco de cuerpos extendidos sobre un prado. “¿Y usted por que sabe que ese es su hermano?”, le preguntó una vez Adíela cuando aún eran novios. “Porque nadie tenía las patas tan grandes como él”, respondía indicando, en la fotografía, los pies, que en efecto eran los más largos de todos.

—Pelotones, sí eso es lo que eran, unos guevones con las pelotas del tamaño de las patas de Dago—se dijo cuando metió el recorte dentro de la cartuchera.

(...y hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo...)

“¿Rangel, por qué se van de esa casa?”, preguntó días antes uno de los conocidos con quien conversaba en el café. “Porque asustan”, respondió. “¿Asustan?”, intrigado, dijo el hombre no sin antes dibujar una mueca burlona. “Sí, como lo oye, asustan. Se escuchan pasos, cierran las puertas, se carcajean en las piezas, la llave del lavadero se abre sola, se cagan en la sala y sobre las camas, la estufa cada rato se prende y las cosas se envolatan. Pasan cosas raras en esa casa. Quien sabe porque será. Adíela es la que se quiere ir, yo por eso no me mortifico, le da dizque miedo saber que la miran. Además ella no limpia las mierdas, me toca a mí. Dice que ella no limpia cacas de aparecido, por eso es que nunca quiso hijos. Ella dice que los hijos son aparecidos y que nunca le limpiaría el rabo a una persona que le salen deposiciones por donde ya sabemos”, dijo Rangel, luego pasó un trago de café envenenado con aguardiente.

(...damos hoy nuestro pan de cada día...)

—Bote ese beque, deje de ser degenerada, vea eso como está de curtido. Como es de ordenada y vea tan cochina, dizque guardando el beque en una bolsa, deje eso ahí, cochina. Puede ser muy herencia de su mamá, pudo haber cagado y meado todo lo que quiera y toda la familia suya que está muerta, pero eso se queda aquí. Cochina, degenerada. No faltaba más... cochina. Tire eso a la basura, entiérrelo... dizque metiendo eso en una bolsa. Adíela, usted me sorprende. No limpia una verraca mierda que ni de cristiano es, y le da por guardar ese beque en una bolsa, ¡Ave María, Adíela! Y que fuera una bolsa negra, pero transparente. Preste haber eso para acá —dijo Rangel cuando vio que Adíela estaba sentada sobre una de las maletas amarrando la bolsa donde había metido la bacinilla de plástico.

(Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden...)

“En esa casa la otra vez se practicaban abortos, seguro es eso”, dijo el amigo de Rangel. Rangel luego de pasar otro trago de café envenenado con aguardiente, dijo: “Tan pendejo, las risas son de adulto. Los aparecidos no crecen. Nunca hemos escuchado a un niño llorando. Eso ha de ser otra cosa. Quien sabe, de todas formas ya casi nos vamos”.

—“Adíela, escuche el espanto como revuelca las ollas de la cocina. Escuche como otro camina por el corredor arrastrando plásticos. ¿Adíela? Condenada, ya se durmió. Y que no tenía sueño —dijo Rangel, bocarriba, con la cobija hasta el cuello un día en que el espanto todavía era novedad. A la mañana siguiente Rangel no encontraba los únicos zapatos que tenía. “Yo los dejé aquí, anoche, luego de limpiarlos. Seguro fue el asusto”, dijo a su esposa mientras buscaba

por toda la casa. Los encontraron en el zarzo anudados a una sepa de guadua, con unos cordones más largos envueltos desde la punta hasta el tacón.

Otros sucesos incrementaron en la pareja la necesidad de un traslado rápido: la puerta, que daba a la calle, se abrió a las tres de la mañana con candado y estaca; el sancocho que había quedado dulce; el “la, la, la” de alguien que se bañaba a la media noche; la plasta de vaca que resultó con un champiñón blanco en el fondo del lavadero; los floreros que resultaban con flores frescas cada vez que se marchitaban las que Adíela había puesto con agua salada; la ropa que aparecía mojada en los cajones del armario.

(...no nos dejes caer en tentación...)

Luego de arrebatarse la bacinilla a Adíela, Rangel fue hasta el patio y con golpes de porra la partió en pedazos. “Ni que no hubiera plata para comprar otra”, dijo cuando la estaba enterrando entre el huerto de poleo y pétalos purpuras de pamporcino que caían desde la terraza de su vecino. A esa hora la sombra que trazaba el sol parecía una aglomeración lánguida, reducida al silencio sobre el suelo de concreto esculpido por pisadas, quebrado en las esquinas y en todas partes. Rangel presionaba la tierra donde había sepultado la bacinilla; tomó algunos pétalos y los situó sobre el leve promontorio que se recalca entre el jardín de poleo, con prolijidad ritual y arquitectónica.

(...y libranos de todo mal...)

—Ya casi llega el carro, Adíela. Ya está todo listo para que nos vayamos: Las cajas y las maletas ya están embaladas, los costales amarrados, la basura en su lugar, todo está en su lugar —dijo Rangel cuando venía por el corredor frotando sus manos.

—Adíela mire lo grande y espaciosa que se ve la casa, los corredores se ven más largos y el techo más alto, escuche como el eco rebota: EAU, fíjese que parecemos frijoles en un silo, chiquiticos en esta casa tan grande, en esta casa vacía, donde los fantasmas nos espantaron, ya les queda para ellos solita, que se la coman si quieren. ¡Adíela! el piso está más limpio, y las paredes están blancas donde estaban los cuadros, ahí les queda la sombra —dice Rangel recorriendo cada corredor, habitación y rincón de la casa; va inventando, con el índice, una vía por tocas las paredes—.

—Pero es sino que saquemos todos esos trebejos para que no haya por donde caminar, para sentirse grande en una casa tan pequeña; el techo se inclina, los corredores se encogen y ya el eco no se escucha, todo es cuestión de desorden aunque uno crea que esta ordena...

—¿Por qué se vinieron de esa casa? —pregunta el chofer luego de que la caja de cambios traqueara anacrónicamente cuando él movió la palanca.

—Porque asustan —respondió Rangel con el brazo apoyado sobre la compuerta de varillas y cuero del campero.

—¿Asustan? —dijo mientras daba una pirueta de volante.

—Sí, como lo oye. Asustan.

—¿Y la señora, siempre es tan callada?

—Hoy ha estado muy calladita. ¿Cierto hija?

Adíela lo miro con los ojos afinados, con la mirada entristecida de albor y fragancia. Le insinuó a Rangel, con la mirada, el acontecimiento trágico de su historia. De la historia que era de ambos, de siempre. Rangel desfiló la mirada, no sin contener el corazón en la boca, por el retrovisor del Jeep.

—¡Hijueputa!—dijo cuando vio que el beque estaba amarrado a una de las varillas de la carrocería.

(...por todos los siglos de los siglos. Amén.)

Deja que se note en mi cara, déjame levitar

1

—Ruth, mañana salgo con Osias a las cuatro de la mañana. Conseguimos doce mulas para traer la carga.

—¿No será muy tarde?

—No, usted sabe que a esa hora los mayores se han ido. Ellos están de una a tres y media, y como sabe, a esa hora no dejan ver el entierro.

—Entonces ya mañana lo sacan...

—Sí, con la ayuda de las ánimas lo sacamos todo. Y parece que es mucho; lo más seguro es que nos hagan falta mulas.

—Estaba muy profundo, porque más de un año cavando entre los dos...

—Desde la muerte de Rivera, y eso hace más de un año. Ya pasamos los cien metros.

—El primer aniversario fue hace quince días. Usted dijo que las misas aniversarias corrían por su cuenta, usted se lo prometió al viejo. La familia sigue esperando a que usted se la haga. Una misa no vale nada, Aníbal, debería darle vergüenza. Mire que Doña Mercedes ya ni me saluda.

—Son promesas.

2

—Mañana salgo a las cuatro con Aníbal.

—Ahí está el agua lista. La del tarro azul tiene café amargo, y es para Aníbal; la del rojo no tiene, y es para usted.

—Conseguimos doce mulas, seguro van a hacer falta.

3

—En vez de mantener durmiendo debería trabajar.

—Estas tierras son muy bonitas para meterles azadón.

4

“Usted sabe que esta abandonada la finca que era de los Taborda, el entierro está allá. Bajo el fogón de la cocina, échele pica y pala ciento tres metros para sacarlo Vaya con otro, si va solo y lo saca se le vuelve ceniza, si van con más gente también se le vuelve ceniza. Sólo le pido que me haga las misas y que venga al novenario de mi muerte que empiece pasado mañana”, le dijo el viejo Rivera a Aníbal minutos antes de morir en la cama matrimonial. Le había apretado fuerte la muñeca cuando dio el último suspiro. El apretón le pareció tan fuerte como el saludo que le había dado cuando se sentó en la cama.

“Rivera, no se vaya con el secreto”, le había dicho. Rivera pidió un vaso de agua, la cruz de guayabo que estaba en el altar iluminado, tres padrenuestros rezados en coro con el “Diosesalve” y que lo dejaran solo con Aníbal. “Abrócheme la camisa hasta la nuca, crúceme las manos en el pecho y métame la cruz entre los dedos que me fui, ya estoy viendo oscuro”, dijo. Aníbal salió de la habitación. “Saludes les dejó, y que no lo lloren”, dijo luego de abrir la puerta de cal a canto. Todos los que estaban en el corredor se apresuraron hacia la habitación en susurros sibilinos.

“Las misas se las hago cuando saque el entierro”, pensó al día siguiente cuando estaba frente al ataúd con las manos sujetando el sombrero tras él y moviéndolo de arriba a bajo. En todo el velorio movió las piernas con ansiedad, rezó de memoria y pensando a quien le contaría el secreto. “Gil, muy tacaño; Carlos no sabe que es una pala; Gildardo, manco; Otoniel, loco. Hijueputa, no hay con quien”, pensó cuando se estaba echando la bendición en media calle. “Ole, Aníbal, no se la echó adentro para que se la eche aquí. En que está pensando. Todo el día ha estado elevado, vea que ni se quitó la cubierta y las botas para venir”, le dijo Ruth, cuando empezaban a subir la loma para llegar a la plaza. “Pensaba en que Rivera no se podía morir anoche, lo hubiera dejado para después”, contestó.

“¿Cuánto es que le debo?”, murmuró confidencialmente Aníbal recostándose a la mesa, luego de llamarlo con la mano cuando lo vio sentado en una de las bancas de la plaza. “Esta vida y la otra”, reveló Osias, con la misma clandestinidad de Aníbal. “Con lo que le voy a proponer, usted me queda debiendo como cien -dijo Aníbal-. Pidamos aguardiente que luego lo pagamos”. A la noche siguiente, si alguien hubiese estado sentado en alguna de las bancas de la plaza, hubiera podido ver dos siluetas serpenteando la colina, opacas por la coloración azulina del plenilunio. Hubiese podido escuchar el eco grave de la conversación hasta que se perdían en el primer descenso que no se podía ver.

“El caso es que no van a poder tumbar al gobierno”, finalizó Osias cuando emprendieron el descenso. “Véala, desde aquí se ve -dijo Aníbal con las manos en la cintura-. Se ve pequeñita desde aquí, pero está uno allá...”. “Uno

no sabe por dónde salir”, interrumpió Osias, mientras hundía las palas en la tierracerrada de maleza. Descendieron sin problema hasta el claro que dividía el descenso con el cerro que llegaba hasta la finca de los Taborda. “Desde aquí ya se ve grande y abandonada”, dijo Anibal sin dejar de subir por el cerro.

1

“¿Usted que hace a esta hora con esa camándula?”, le preguntó Ruth a la madrugada siguiente cuando lo vio sentado en la silla de la cocina, con el sombrero en las piernas, mascullando. “Hoy no pude ir a la novena”, respondió Aníbal. “Pero si la novena fue anoche, vea que son las dos de la madrugada”, dijo Ruth sin dejar de mirarlo mientras encendía la estufa. “Entonces voy a rezar de una vez la de hoy —respondió Aníbal pasando las semillas de lágrimas de San Pedro con que estaba hecha la camándula—, la de anoche la dejo para más tarde”. Ruth le reprochó las rarezas de las últimas noches; las reprimendas duraron los tragos, el desayuno y medio almuerzo. Aníbal por su parte guardó silencio. En la tarde una afonía los acompañó. Ruth lo miraba a parpadeos, no quiso llevarle el algo a la mesa, lo dejó servido en el mesón de la cocina tapado con la tapa de la olleta que Aníbal le había regalado en la noche de bodas. “Esta brava”, se dijo cuando la vio sentada en el mirador a las tres de la tarde, hora del algo, sin la más mínima intención de llamarlo a la mesa.

Pasó lo mismo a la hora de la comida. Aníbal comió con desgana tras la puerta de la cocina, con el sombrero a un lado y la cubierta puesta. Se acostó

más temprano de lo habitual. Sin poder pegar el ojo, sintió cuando Ruth le echaba el pasamacho a la puerta, se hizo el dormido y se cubrió la cabeza con la cobija. Sintió cuando ella quitaba su ropa para vestirse el camisón de dormir; las ganas desconfiadas de abarcarla toda con sus brazos y tenerla como en los primeros tiempos ocuparon toda la cama. No se atrevió. Esperó a que se acostara, luego de un tirón arrancó la cobija de su rostro. De vez en vez respiraba y tosía fuerte para decirle a Ruth que aún estaba despierto, para invitarla a conversar como todas las noches. Ella permanecía dándole la espalda, persistía inalterable. Aníbal sabía que estaba despierta, que simulaba tanto como él. Se movió y con un gran suspiro llenó toda la habitación, seguido de un aparente carraspeo. “Rivera me dijo dónde estaba la guaca”, dijo bocarriba con los dedos entrelazados sobre el pecho. “Recuerde el novenario”, indicó Ruth sin moverse con la voz viva de agua. Fue una frase anticipada porque Aníbal rezaría las siete noches atrasadas, sentado en el banco de la cocina, el último día de la novena para el descanso del alma del viejo Rivera.

3

—No me pregunte. Estoy descansando de tanto dormir.

—¿A usted quién le enseñó a ser tan vago?

—¡Su madre, vieja chota!

—Se la pasa todo el día acostado en esa angarilla sucia.

—Entonces lávela.

—Más fuera la concha. Viejo sin destino, conchudo, degenerado.

2

“Raquel, me acabo de encontrar a Aníbal. Me propuso un negocio para pagarme todo lo que me debe”, le dijo Osias a su mujer luego de llegar a casa. “¿El negocio de tomar aguardiente? Está pasado”, dijo su mujer sentada a la mesa del corredor viendo a su esposo comer como una fiera. “Deje la bobada que sólo nos fiaron de a cuatro tragos. Es un negocio de verdad”.

Aníbal y Osias habían acordado en no contarles nada a sus mujeres, querían respetar los agüeros. Acordaron en no tener relaciones hasta que sacaran la guaca y habían honestado guardar el secreto, en no contarle a nadie. “Palabra de julanos cómplices”, dijeron al unísono, luego pasaron sin más el aguardiente. “Cuidadito con dormirse a su mujer o a cualquier grilla por ahí, se tira el entierro”, le dijo Aníbal a Osias cuando este doblaba a la esquina. “Lo veo más tarde para que subamos a ver cómo está eso”, dijo Osias.

4

“Le dije que le sacara filo a las palas. Están amelladas. ¿Trajo la lima?”, dijo Aníbal cuando los dos ya habían logrado escavar una profundidad de talones. Antes de llegar a la cocina recorrieron toda la casa. Contaron veintidós habitaciones, cuatro baños, seis piezas de reblujo, tres bodegas, cinco puertas que daban al mismo sótano, tres lavaderos, catorce cocheras, tres gallineros, ocho despulpaderos de café, dieciséis corredores cortos, y once largos que daban a la sala que estaba justo en el centro de la casa.

“No más en una cochera quepo con Raquel”, dijo Osias cuando le daba vuelta a la manija de la última despulpadora. “Todavía tiene café, cosa tan

rara”, indicó Aníbal cuando vio que por el boquete salían almendras limpias de cáscara.

“Preste les saco filo”, dijo Anibal cuando Osias le pasó la lima.

2

“Por qué estará enojada”, pensó Osias cuando vio las botas embarradas en el corredor, donde las había dejado el día anterior, y la ropa de trabajo sin lavar, enroscada en la silla de mimbre. “Qué me voy a poner mañana, Raquel”, dijo parado en el quicio de la puerta que daba al lavadero. “Váyase empelota”, contestó su mujer sin dejar de barrer el patio. Osias no dijo nada. Caminó por el corredor con la taza de café que Raquel le había servido de sobremesa, se sentó en la butaca de cuero de res y pasó un trago. “Hijuemadre, está puta”, pensó cuando sintió el café insípido, sin azúcar. Ella sabía que a Osias el café amargo lo ponía nervioso del estómago y del corazón. Se paró de la butaca, dejó la taza sin contenido sobre la mesa; se lo tomó todo para que Raquel se cobrara la ofensa de la que él estaba desentendido. “Se acabó el papel”, dijo desde el sanitario. “Está en el chifonier, metido con la ropa de Domingo”, contestó Raquel desde la cocina. “Raquel”, dijo con seriedad mal fingida, como aclamando misericordia. A Osias le tocó ir al patio minutos más tarde por las ramas de malva para hacer una bebida que le calmara los nervios, Raquel le había dicho donde estaban luego de que Osias le pidiera una agüita de malva. “Quien sabe con que grilla estará enculado”, dijo su mujer al viento en la penumbra de la habitación. No podía verla, pero sabía que le daba la espalda y que estaba pegada casi a la pared. Osias estaba bocabajo, con el pecho

descubierto y con las manos extendidas a lo largo. “Para eso usted me hace poner los calzoncillos al revés”, dijo Osias inmediatamente. “Entonces porque hace días no me busca”, reclamó su mujer. “Son promesas”, respondió.

3

—Uno no se puede mortificar por nada en esta vida. Estas tierras son muy hermosas para dañarlas con machetes, azadones y venenos. Por eso no trabajo. Es un bien de familia, mi papá era así también, y el papá de mi papá, y así sucesivamente. Uno puede vivir con poco, nada más con lo que la barriga le pida. “Lo que está no estorba y lo que no, no hace falta”, decía mi papá, lo decía todos los días, tanto que terminé por aprenderlo de memoria. Es la única cosa que sé de memoria. Uno no tiene la necesidad de matarse en esta vida para vivir.

—Siga pensando así y verá.

—Desde que nací pienso así y tengo las vistas sanas.

4

“¿Que días vamos a venir, Aníbal?”, preguntó Osias. “Todos los días de cuatro de la mañana a doce del mediodía, hasta esa hora la tierra esta blandita”, respondió Aníbal atando las poleas y clavando las estacas alrededor de la boca del socavón con las que pretendían, posteriormente, lograr sacar la tierra de las profundidades en cubetas de acero amarradas a cuerdas de fibra de dos pulgadas. “¿Entonces nos morimos de hambre?”, preguntó Osias sentado en el montículo de tierra. “Usted no parece amigo mío. Pendejo, pues,

vamos desvalijando lo que queda de esta casa. Vendemos las puertas, las ventanas y todo lo que queda. No más con las despulpadoras nos alcanza para cuatro meses. No hay necesidad de trabajar en otra cosa que no sea este entierro”, dijo Aníbal dándole vueltas a la polea. “¿Y a usted no le parece raro que todas esas cosas que vamos a vender todavía estén aquí después de tanto tiempo? Yo estaba pequeño cuando los Taborda desocuparon, ya voy para cuarenta”, insistió Osias ahora parado a un lado del montículo. “Lo único que me parece raro es que sólo haya una cocina. ¿Que hubiéramos hecho donde nos hubiéramos encontrado unas tres?”, dijo sirviendo dos tazas de café y ofreciéndole una a Osias. “Rivera le hubiera dicho en cual”, propuso; luego saboreó un trago corto para asesorarse de que no estuviera amargo. Lo escupió.

2

“¿De donde sacó esa despulpadora?, preguntó Raquel cuando la vio desparramada a un lado del corredor, envuelta en costales sucios. “Es un encargo”, respondió Osias sin voltear a mirarla desde el lavadero donde limpiaba las botas. Sintió los ojos inquisidores de su mujer que lo miraban, podía sentir un ardor en el cuello que subía por sus mejillas hasta la frente. Echó en un balde la ropa sucia con lentitud para no encontrarse con los ojos incrédulos de su mujer y, peor aún, para no apelar a simulaciones vanas que sin duda lo delatarían. Miró de reojo cuando sintió las chancletas de su mujer deslizarse por el corredor hasta la sala, entonces caminó hasta la máquina, la tomó por la ponchera y salió con ella en hombros.

“Osias, dígame la verdad, ¿por qué ya no me busca?”, preguntó Raquel ese mismo día en la noche, esta vez con sensible intriga. La penumbra de la habitación no dejaba ver los cuerpos extendidos que miraban al techo con resignación abatida. Ella estaba más cerca que la primera vez; no estaba pegada a la pared de bahareque y mucho menos le daba la espalda a su marido, quería estar útil en todo su esplendor, quería limpiar sus botas y lavar su ropa indecente, tampoco quería hacerlo soportar con el café amargo de la sobremesa los espasmos nerviosos que ocasionaban en él, quería ser la mujer incondicional que había sido durante más de veintiocho años de matrimonio. Tenía envuelta las manos en un ramillete que su vientre sostenía bajo la sábana que había traído para no tener que compartir la misma con Osias.

“Dígame si es que está cortando guadua, yo sé de esos agüeros”, insistió Raquel con la voz trémula. Él se revolvió en la cama, se amparó con la sábana hasta el mentón. “Ni lo piense Raquel, sabe que mi papá tuvo a mi último hermano a los setenta y cuatro”, dijo Osias cuando su mujer le insinuó con ese “o es que...”, que no pudo terminar porque se vio interrumpida por la aclaración de su marido.

4

“Ahora sólo queda aclarar lo de los turnos”, dijo Aníbal luego de salir del sanitario de la finca. El conjunto de ascenso y descenso estaba listo con sus respectivas poleas. Habían revisado con minuciosidad los más de cuatrocientos metros de lazo sin encontrar anomalías; las anclas y las cinchas de cadera soportarían el peso de cada uno de ellos en las profundidades; las diez cajas

de bombillos, para las dos linternas de diadema, habían sido ensayadas en la ferretería; habían encontrado doscientos bombillos, catorce fundidos, que inmediatamente fueron sustituidos por buenos; los tres candiles de gasolina estaban cebados y probados para que alumbraran como se debe la superficie del socavón; las palas y picas limadas y rezadas por Don Pompilio; el agua bendita en su concerniente frasco sellado; la bolsa llena de hojas de citronela, anudada por la mismísima mujer de Don Pompilio, sabedora de todos los agüeros y ensalmos de la tierra; la sangre de gallina negra que habrían de arrojar cuando la tierra se tornara arenosa y amarilla, y que anunciaba la hucha llena de sapitos de oro, esterlinas de todos los tamaños y formas, caras indígenas grabadas en placas de oro de ocho centímetros de grosor por doce de largo y uno que otro coco pelado entre costillas del antepasado que fue enterrado con esa riqueza para el otro mundo, estaba en el frasco oscuro de jarabe; la cruz de nuestro Señor Jesucristo estaba previamente puesta en el centro de la cocina sostenida en el aire por un clavo mohoso que habían encontrado dentro de las pesebreras.

“Usted es que es pendejo, cuales turnos -dijo estremecido de un brinco Osias-. Yo aquí no me quedo solo, se quedará usted”. “Hay que cuidar el equipo”, sostuvo Aníbal ajustándose la correa del pantalón. “Si no se han robado las despulpadoras, porque habrían de robarse eso que ni alcanza a valer lo de una”, Osias defendió su posición acercándose a Aníbal.

1

Esa misma noche, luego de regresar del primer día de labor y después de que su mujer lo viera sentado a las dos de la mañana en la cocina rezando el día anticipado de la novena de Rivas, Anibal se cayó de la cama, lo arrojó el inevitable temor que aguantaba por haber dejado el equipo desamparado, protegido sólo por la cruz colgada en una de las paredes de la cocina. “Menos mal me caí, falta un cuarto para las cuatro”, se dijo en el suelo. “Los tragos están servidos, el desayuno está en el primer porta junto con las medias nuevas, el almuerzo en el segundo, junto con el algo”, dijo Ruth metiéndose entre las cobijas.

2

“Pendeja”, se dijo Osias en la cocina cuando vio las ollas peladas y la ropa del día anterior sucia y enroscada como él la había dejado sobre la silla de mimbre. “Mañana madrugo”, se dijo mientras buscaba, en el cajón donde Raquel guardaba la panela, el pedazo de pan que había reservado para cebarlo de matarratas y que ahora era su desayuno.

4

“¿Por qué lo escupe?”, pregunto Aníbal cuando vio que Osias escupió el café que le había ofrecido. “El café sin azúcar es para bobos”, dijo limpiándose los labios con la manga de la camisa.

“Recuerde el novenario”, dijo Ruth cuatro lunas plenas, tres menguantes y media nueva más tarde de la primera vez que se lo dijo acostada en la cama. Aníbal estaba quieto en el patio con la barba atorada de ocho días y la piel ensombrecida por la negrura de un socavón de nueve metros cuando Ruth pasó de largo, y sin mirarlo se lo dijo.

Caminó hasta al armario de la sala, sacó el cofre de tarugo con piedritas plásticas incrustadas en la tapa. “Dónde deje ese condenado escapulario”, se dijo cuando no lo vio dentro del cofre. Se sentó a un borde de la cama e intentó recordar donde lo había dejado. Buscó en el tocador, en los cuatro nocheros que habían en la casa, bajo las camas, tras el espejo. Él decía que era una contra para los maleficios meter escapularios tras los espejoso, en la repisa del baño, en el lavadero, bajo las camas, y hasta en las materas del patio. Se esculcó los bolsillos tres veces y le preguntó cinco veces a Ruth si lo había visto.

Se sentó en la banca de la cocina con una taza de agua de panela con limón para el buen dormir; dócil, pasó un sorbo que le agrandó la lengua, levantó el brazo que había apoyado en la banca porque sintió ahuecada la palma de la mano. Vio un carrusel de rulos sanguíneos que estaban a un costado del pulgar; huellas de las lágrimas de San Pedro que halló encadenadas en la camándula que encontró metida en la grieta de la banca.

El agua de panela le sirvió a medias, porque cabeceo varias veces mientras rezaba las siete noches de novenas atrasadas. “Viejo hijueputa”, se dijo cuando se dio de cabeza con la puerta de la cocina. No pudo dormir, porque cuando

terminó faltaban diez para las cuatro de la mañana. Agarró los portas y se fue con la misma ropa.

4

Primero se metió por las cocheras, paso de largo por los once corredores largos, luego por los dos costados de las veintidós habitaciones; se vio cuando cruzó extendido por un lado de la puerta de los baños sin tocar la maleza; antes de llegar a la cocina encendió el arrabal de las caballerizas; los gallineros chasquearon con su senda ligera y los lavaderos sacudieron la fresca de la madrugada. “Hoy tiene cara de loco”, le dijo Osias cuando la luz del día se le pego a la cara de Aníbal luego de salir del socavón con la cara empolvada. “Le hubiera dado un par de noches, así yo no tendría cara de loco”, respondió dándole vueltas a la manigueta que movía las poleas.

2

“¿Raquel, donde están las arrastraderas?”. Cuando le respondió que no sabía, Osias supo que habría de comer plátanos cocinados y lavar la ropa de trabajo por el resto de sus días. Eso ya no se comparaba con la inasistencia alimentaria o con la ropa sucia. Para Osias esos eran hechos vanos que no representaban una connotación significativa, eran rasgos individuales que no comprometían nada más. En cambio ese “No sé” que había respondido Raquel, mientras quitaba las hojas secas del matorral de nantuerzo, era la indiferencia total a lo que hiciera o dejara de hacer. Para Osias significó la ruptura armónica de la preocupación que sentía su mujer por él. De ahí en adelante llevó cada

ocho días un racimo de plátano que cocinaba los domingos para toda la semana. “Estos plátanos ya me saben a mierda”, se dijo mucho tiempo después cuando Aníbal le ofreció dos tajadas fritas de plátano maduro. La relación con Raquel se mantuvo estable, impedida en las noches. Se hablaban lo necesario para no desarticular del todo la convivencia que a ambos les convenía; a Raquel, para no morir de hambre y para no mojarse en cualquier esquina; a Osias, para no morir de soledad entre las cuatro paredes de su casa. Él siguió mercando; ella, cocinando la ración diaria que alcanzaba para tres comidas de su persona.

4

“Si ve que no pasó nada”, dijo Osias cuando inspeccionaron el equipo que habían dejado el día anterior. Todo estaba tal cual lo habían dejado. “¿Aníbal usted para qué trajo la sangre de gallina si ni siquiera llevamos diez metros? Anibal no respondió, quizás porque no lo escuchó, tal vez porque no quería decirle que era bueno tener todas las cosas de una vez, a excepción de las mulas que deberían traerse el día en que se desenterrara la guaca y no antes para que el entierro no se corriera de lugar. Tampoco quería que Osias tuviera una impresión de ansiosa meticulosidad de él. “De aquí a que lleguemos ya está seca”, dijo Osias luego de saltar al hueco que les daba más abajo de la cintura.

2

—¿Y eso por qué le dio por empacarme el café?

1

—Por eso, como es una promesa, debería mandarle a hacer la misa.

—Mañana que lleguemos voy a la casa cural y le separo la misa de diez del Domingo. Por ahí derecho le llevo un ramo de flores a Rivas y un mercado a la familia para que perdonen la espera, el retraso tan verraco de la misita... ¿Cuál era el hombre de Rivas?

—Juan Cristo Rivas Castrillón.

—El viejo se llamaba Juan Cristo, vea pues... Mañana me lo anota en un papelito para ir a separar la misa.

4

“No haga cuentas alegres, no ensille el caballo sin comprarlo”, dijo Ruth cuando Aníbal le contó algunas de las intenciones que tenía luego de desenterrar la guaca. “Le voy a comprar zapatos decentes para que deje de andar en arrastraderas por todo lado”, fue una de las tantas.

2

“Cuando termine el trabajo que estoy haciendo, voy a contratar a una empleada. Si le da la gana se puede quedar o sino se puede ir”, dijo Osias a su mujer sentado en la mesa, pasando tragos largos de claro y masticando los plátanos cocinados que sacaba de una olla de rabo chamuscado. Raquel le

respondió con la ingestión de café caliente que pasó luego de escucharlo. Entonces, cuando Osias se levantó de la mesa para llevar los platos a la cocina, Raquel lo vio levitando sobre el suelo. Ella permaneció quieta pasando a pequeños sorbos el café caliente.

En los últimos meses Raquel no le había querido preguntar por las inmensas lumbreras de barras trenzadas que se había encontrado tiradas en medio del corredor; por las puertas y portones que había puesto sobre el jardín de auroras, hortensias y pensamientos y que además de todo habían aplastado. No quiso preguntar por las cargas de hojas de zinc que estaban recostadas a la pared del baño, tampoco por las columnas de tejas que estaban a un lado de la cocina; por las cargas de mayólica gruesa que reposaban en canastillas de plástico y que ocupaban casi toda la sala; no le quiso preguntar porque había arrojado la tierra, qué ella había echado en las materas que él trajo para sembrar los pensamientos, las auroras y las hortensias que su guachada aplastó. Tampoco le preguntó porque la casa parecía un negocio por las tardes, no quiso saber quien había escrito el letrero de: “Se venden cosas”, que estaba pegado en la pared de la fachada con hermosa caligrafía femenina, con letras de todos los colores y un “ojo”, escrito en una de las esquinas con marcador negro.

La primera vez que vio los baldes llenos de ropa en remojo sintió la terrible necesidad de corresponder, se abstuvo. Cuando vio las botas embarradas a un de los ventanales de barrotes trenzados quiso fregarlas con el chiro seco, con el que solía limpiarlas, que no había vuelto a estar mojado desde las primeras

decisiones de ruptura. Raquel asentó su serenidad en una de las sillas talladas a mano que él había traído, y durmió.

4

“Aníbal, de modo que de mañana en adelante somos ricos”, dijo Osias recostado a la pared de la cocina con la pala empuñada y el rostro oscuro de hollín. Los candiles cebados con gasolina rodeaban el acceso al socavón. Imprimían sobre las paredes sombras indescifrables que tiritaban cuando la llama mortecina de cada uno de los candiles se estremecía por una ráfaga de viento repentina, imprevista, que ellos no podían sentir por ser demasiado pesados y exageradamente hombres. La cocina parecía una gruta en medio de una habitación, la tierra estaba por todas partes. Las veintidós habitaciones deponían tierra hasta los corredores; los cuatro baños hasta el techo desmantelado; las seis piezas de reblujo ya eran piezas de latifundio; a las tres bodegas no les habían podido quitar las puertas, las necesitaban para guardar la tierra que arrojaban desde el techo por una ventana diminuta luego de subir por unas escaleras pegadas a la pared; las catorce cocheras parecían una sola chinampa agrícola atestada de anamú y caminadora que subía hasta las vigas que sostuvieron algún día las hojas de cinc; los salones de despulpe, atestados; los dieciséis corredores cortos y los once largos parecían caminos de herradura; y la sala, un corral que albergaba matas de sacatrapo y rabo de ratón. “Eso parece”, respondió Aníbal.

3

—Cuando uno se muere nada se lleva.

1

Pasó el resto de sus días bordando manteles y cociendo muñecas con cara de espanto. Le gustaba como se veían las flores bordadas en los manteles y los botones pegados en la cara de las muñecas. “Sólo uno piensa que los botones, por ser redondos, se parecen a ojos”, se dijo la primera vez que pegó un botón en la cara de la primera muñeca que hizo.

4

“¿Ole, Aníbal, a usted por qué le dicen Mano de Mica?”, preguntó Osias ajustando la linterna en la diadema, mientras Aníbal le daba vueltas a la polea que estaba sujeta al galápago donde estaban sentados. “Para que pregunta si ya sabe”, respondió Aníbal luego de mirarlo con indiferencia; después del instante mínimo que separa la quietud con la caída. Iniciaron el descenso con los pies venteando las profundidades. “¿Cómo hace para jugar billar?”, preguntó Osias una vez más mirando la boca del socavón, alumbrado por los candiles, que se iba convirtiendo en un punto ridículo. “Taqueo con la derecha y apoyo con la otra... Cincuenta”, respondió mientras cantaba los banderines que habían puesto cada diez metros para llevar cuentas de la hondonada. “¿Y como perdió el (*sesenta*) movimiento del brazo?”, Aníbal no respondió. Osias respeto el silencio y se bajó del galápago cuando sus pies rozaron tierra firme. “Hagámosle como siempre”, dijo Aníbal clavando la pica bajo sus pies y

cuadrando con su mano derecha los dedos inertes de la muñeca floja; de su brazo paludo, en el cabo de la pica.

1

Estaban acostados en la cama. “Aníbal”, dijo su mujer en la opacidad de la habitación a la que sus ojos ya empezaban a adiestrarse. Las siluetas comenzaban a diferenciarse del contorno de todas las cosas cuando Aníbal respondió con un “qué”, casi pernoctado. “¿Se acuerda cuando usted le dijo a mi mamá que le quedaban tres meses de vida, que se le notaba en la cara?”, dijo su mujer. Aníbal luego de haberla escuchado se agitó entre las sábanas y respondió mientras extendía toda la espalda hacia donde estaba su mujer: “Pero no fueron tres meses, sino cinco”. “Es lo mismo, de todas formas se murió”, respondió su mujer sin moverse como en un principio. “¿Y qué pasa con eso?”, preguntó Aníbal sin mostrarle los ojos abiertos a su mujer que miraban desde una orilla de la cama al suelo. “No pasa nada, sólo que se me vino a la cabeza”, finalizó su mujer. Luego ambos permanecieron durante mucho tiempo quietos y despiertos, con ojos francos y posición generosa; ella, mirando el cielorraso y ocasionalmente la sombra de él sobre la cama; Aníbal, el suelo desde la misma orilla con los ojos bien abiertos.

4

Luego de pasar dos tragos de aguardiente en la panadería de donde Aníbal le silbó a Osias cuando lo vio sentado en una de las bancas de la iglesia, Aníbal dijo: “Partimos; mitad y mitad. Las herramientas las compramos entre

los dos y cuando logremos la guaca sacamos ese excedente”. “Entonces madrugamos mañana. Yo llevo la ruda o ¿usted tiene? “Llévela, llévela... se me había olvidado. Y estamos apenas en las fechas guaqueras”, dijo Aníbal levantando la mano como llamando.

2

“Dicen que cuando uno se va a morir, tiempo antes, lo ven levitando”, le dijo Raquelmucho tiempo antes de que Aníbal lo encontrara sentado en una de las bancas de la plaza. Estaba sentado en el comedor mientras la veía quitar la maleza del jardín donde había sembrado hortensias, auroras y pensamientos, bajo petición de él. “Debería sembrar alguna cosita”, dijo aquella vez que Raquel se sentó en sus piernas para decirle que el palo de zapotes ya no estaba dando los frutos gusanados. Lo felicitó porque era él quien había logrado curarlo de la peste indistinta aplicándole al tronco, luego de rajarlo superficialmente con un cuchillo alumbrado por la tercera de creciente, orines en ayunas. “Florecitas, siembre florecitas al lado del cerco, eso se ve muy feo así pelado”. Respondió él en cuanto vio que Raquel dibujaba una sonrisa atenta de alegría.

“¿Levitando?, eso son bobadas”, respondió el desde el comedor.

1

“¿Y como va la guaca?”, preguntó Ruth mientras remataba la puntada en cadeneta que había elegido para los lirios que estaba bordado en el mantel que quería poner en la mesa del corredor. “Hay muchas cosas, entre ellas cosas de

oro que no sabemos como se llaman. Ruth lo miró con ojos inexpertos mientras lo escuchó, luego enhebró la aguja con la que habría de coser los botones, que harían las veces de ojos en la cara de la muñeca que tenía sobre sus piernas bajo el mantel de lirios que estaba terminando”. Luego Aníbal continuo: “Hoy miramos por un huequito luego de echarle la sangre”. “Está borracho”, pensó Ruth. “¿Y esta por qué está bordando?”, pensó Aníbal con la mirada dilatada, puesta en todas las cosas a la vez; síntoma del emborrachamiento.

3

—¿Qué es eso que viene allá?

—Quien sabe...

—Pues levántese y ayúdeme a mirar, deje la pereza.

4

“Traje una botella de aguardiente para que celebremos. Vea que mañana ya sacamos la guaca”, dijo luego de que Aníbal le echara la sangre de gallina negra que durante más de un año resistió su condición hermética y después de que emprendieran la subida hacia el ingreso del socavón.

“Ruth me dijo que si me muero primero, que se vuelve loca, que se la pasaría todo los días con sus noches haciendo muñecas y bordando manteles. Por eso desde que la conozco procuro que se muera primero ella. Yo creo que yo no tendría paz después de muerto si la dejara solita en este mundo haciendo muñecos y bordando manteles. Me mataría la pena moral estando muerto”, dijo Aníbal cuando estaban sentados alrededor de los candiles

pasando tragos largos de aguardiente. Luego continuó con gravedad y saldo en su voz: “Si me muero primero que ella, créame que ese día no me daré cuenta”. Osias lo escuchaba con atención y seriedad, sin embargo le era inevitable no sentir brisas de ternura y gracia cuando le miraba el rostro fuliginoso por el hollín de la tierra que impedía ver con claridad los labios y la nariz. Sus ojos amarillentos eran lo único que desemparejaba el corte de su rostro mancillado por la tierra.

“Cuando saquemos esto me voy a reconciliar con Raquel, le voy a contar porque hace tanto tiempo no la busco por las noches. Hace días la puse a prueba, le dije que iba a conseguir una empleada, no se quiso ir. Seguro ella me entiende. Además estoy cansado de comer plátanos cocinados, estoy cansado de que usted me ofrezca lo que su mujer le empaca, seguro usted queda con hambre. Eso me da pena.”, dijo Osias sirviendo dos copas de aguardiente desbordadas que, cuando las levantó del suelo, ambas se derramaron. “Usted sabe que yo le brindo comida porque me nace. No le de pena. Es con mucho gusto, Osias”. Osias lo miro con exvoto. Luego se miraron sin decirse nada.

Ambos oían el eco que la profundidad del socavón lanzaba hacia donde ellos estaban reposando. “Yo le dije por que a mí me dicen ‘Mano de Mica’, ahora dígame usted porque le dicen “Gallinazo”, preguntó Aníbal extendiendo los pies y sirviendo otro trago. “Porque me enredé con “La Malcarada”, hija de Matilde. ¿Sabe cual?, desde entonces me dicen “Gallinazo”, dijo mirando al cielorraso casi alcanzado por el promontorio de tierra. Luego pasó el tragó de aguardiente que Aníbal le ofreció. “Muy degenerado ya. Ironías de la vida y vea

lo bonita que es Raquel. Muchos dicen que es la mujer más hermosa del pueblo y de varias tierras de por aquí. Entre ellos, lo pienso yo”, dijo Aníbal mirándolo.

Se miraron la cara sucia sin decirse una palabra; Aníbal jugando con la copa, introduciendo sus dedos en el interior, dándole vueltas como lo había hecho con la manivela de las poleas que los subían hasta la superficie; Osias, haciendo rondas en la tierra con su índice. Luego de terminar la botella, sin dejar de mirarse, ambos sucumbieron ante la risa feroz que acompañaban con miradas curiosas en el otro.

2

Raquel no contestó la pregunta de Osias. Simplemente caminó luego de que le dijera que al día siguiente saldría con Aníbal a las cuatro de la mañana con doce mulas.

4

“Le dije que harían falta mulas -gritó Aníbal desde la boca del socavón-, ya todos las jofainas están llenas y vea que no tengo donde echar la que le estoy recibiendo. “Todavía hay mucho más”, dijo Osias desde el fondo. Aníbal miro las mulas que estaban a medio cargar. Ya no lo necesitaba, claro que ya no necesitaba a Osias, él podía amarrar las cinchas sin la ayuda de él, tardaría más de lo normal pero lo podría hacer solo. Pero antes necesitaba refrescar la garganta. Fue hasta el corredor y bebió un trago del termo azul que Osias había traído en la tula de bordado de meme. Vio que las mulas lo miraban con

serenidad desde el patio, mientras voleaban sus colas, intentando espantar moscas molestas. Caminó hasta el socavón, escuchó que Osias lo llamaba desde las profundidades. Las mulas persiguieron su travesía.

3

—Pendejo, venga y se asoma.

4

Salieron a las cuatro de la mañana del viernes santo, con los últimos fulgores de una luna plena y los primeros vientos que quizás anunciaban las lluvias que vendrían después de las doce del mediodía. Como la primera vez:”... *si alguien hubiese estado sentado en una de las bancas de la plaza, hubiera podido ver dos siluetas serpenteando la colina, opacas por la coloración azulina del plenilunio. Hubiese podido escuchar el eco grave de la conversación hasta que se perdían en el primer descenso que no se podía ver.*”

“De modo que de ahora en adelante somos ricos.”, finalizó Osias cuando emprendieron el descenso. “Véala, ya no se ve”, dijo Aníbal con las manos en la cintura, mientras mantenía fija la mirada en la casa desmantelada. “Sí, ya no se ve. Ya se puede salir por donde uno quiere. Se ve pequeña desde cualquier parte”, agregó Osias. “*Descendieron sin problema hasta el claro que dividía el descenso con el cerro que llegaba hasta la finca de los Taborda.*”

La hilera de mulas, callada, los siguió con resignación hasta que estuvieron medio atadas en una de las chambranas de la finca. Aníbal y Osias se dirigieron hasta la cocina con paso sosegado, pero ansioso. “Bajemos los dos

para acabar de sacar los tres metros de tierra que faltan. Luego yo subo, y como usted tiene los dos brazos sanos se queda abajo empacando en los baldes la guaca, para que rinda. Yo le recibo aquí y empaco en las jofainas. Luego, cuando termine, lo subo y entre los dos encinchamos las jofainas y las palanganas en las mulas”, dijo Aníbal cuando emprendieron el descenso. “Listo”, respondió Osias mirando el vacío.

1

“Empáqueme más comidita. La mujer de Osias como que no le empaca”, le dijo a Ruth luego de que vio que Osias se iba lejos a la hora de las comidas con el pretexto de que le gustaba comer al aire libre y solo en los días en que sacaba guacas. Por supuesto Aníbal no le creyó, porque Osias parecía más inexperto que un torpe en cosas de tierra, palas y agujeros, además había adelgazado en los últimos días más de lo aceptable.

“Que pena con usted, Aníbal”, le dijo Osias a la hora del almuerzo, luego de que Aníbal le dijera que comiera y le dejara el sobrado en el porta. Desde ese día no volvió a *“comer al aire libre y solo en los días que sacaba guacas”*. Esperaba como un perro a que Aníbal le dijera lo de todos los días: “Coma y me deja el sobrado”. Osias le respondía como todos los días: “Que pena con usted, Aníbal”, se lo decía con el porta en la mano.

Naturalmente, no fue extraño que Aníbal bajara de peso durante todo el tiempo que duró la excavación mientras Osias subía.

—¡Que te levantes! Viene una hilera de algo que parece...

—Ha de tener su dueño...

—Véalas; son una... dos... tres... cuatro... doce... doce mulas. Ya están cerquita, vienen pasando por el portillo. ¡Anda cógelas!, tráelas para acá. ¡Traen jofainas abiertas, se les esta regando el oro! ¡Oro! ¡Traen oro y se les viene regando!

—Si eso es para nosotros hasta aquí llegan... Se estacionan en el corredor

-¡Pendejo!

Ciertamente, la procesión de mulas cruzo el portillo de estacas desencajadas; piso el jardín de Auroras, pensamientos y hortensias, dejaron ocho mazacotes rectales sobre ellas; pisaron tres gallinas, patearon dos perros y un gato; tumbaron la veranera de capullos cerrados; se estacionaron en la batea del patio para comer las yucas peladas para el almuerzo de viernes santo que habrían de comer con tilapia cocinada; se le tomaron el agua al caballo; el repollo para los pizcos y las cáscaras del plátano del ternero, se las tragarón luego de devolverse porque no las habían visto; el niño culi pelado de tres años lloró cuando vio que una se montó por encima de la puerta del corredor, seguida de las otras once. Finalmente, llegaron a la cocina donde se quedaron inmóviles comiendo arroz cocinado con papas sudadas en guiso de tomate, cebollay huevos de pato

Osias alcanzó a arrepentirse antes de que la tierra empezara a despellejarse con él dentro del socavón. Vio a Raquel plena sobre la cama “Sin interiores”, pensó. Alcanzo a rumiar que se había muerto enterrado antes de que la tierra lo agarrotara por completo y le llenara la boca con terrones amargos. Se arrepintió de no haberle contado a su mujer, de no haber sucumbido ante los deseos de su carne. “Jueputa, aquí me quedo. Ni San Antonio me encuentra”, se dijo con un puñado de esterlinas entre las manos luego de jalar la sogá para que Aníbal lo subiera pero, en vez de un ascenso rápido, lo que encontró fue una sogá destemplada y arenosa que no respondía a su llamado. Gritó cuando sintió que desde la boca del hueco caían cargas de tierra que acabarían por desnucarlo. “¡Aníbal, hijueputa!”, fue lo único que dijo cuando la tierra negra brotaba por su nariz y llenaba sus oídos en un solo baladro de alud. Luego todo fue silencio.

En cambio Aníbal, luego de aventarle paladas de tierra a Osias desde la boca del socavón, caminó por los corredores mirando las veintidós habitaciones atiborradas de tierra negra, magra, tupida de maleza y fuerza, sin darse cuenta de que ya se había muerto. No alcanzó a preocuparse cuando se dio en la cabeza con las chambranas descarnadas del corredor, luego de que se desplomara en el último corredor de la casa, solamente comprendió por qué la despedida del viejo Rivera le había parecido un saludo, aquella noche en que murió con el crucifijo de guayabo entre los dedos. Las doce mulas lo habían mirado desde el patio; amarradas una tras otra, cargaban las jofainas y las palanganas atestadas de sapitos, placas de ocho centímetros de grosor por

doce de largo y “cosas de oro que no sabemos como se llaman —como había dicho Aníbal—”.

No se dio cuenta que se había muerto en el momento justo en que las mulas lo miraron desde el corredor con sus colas inquietas, con el presagio del verdinal de aguas que corrían por sus entrañas separando la carne del hueso y contaminando la sangre que se estancó cuando pasó el primer y último trago de ofensa que Raquel había empacado en el termo para Osias.

3

—¡Bendito sea mi Dios!

Referencias

- Aguilar, S.A. (ed) (1982). *La dama del perrito y otros cuentos*. Colombia: Editorial La oveja Negra Ltda.
- Borges, J. L. (2001). *Otras inquisiciones*. Colombia: Casa Editorial El Tiempo.
- Cortázar, J. (2013). *Clases de literatura Berkeley, 1980*. Argentina: Alfaguara.
- Dunne, J. W. (1986). *Experimento con el tiempo*. Argentina: Hyspámerica Ediciones Argentina, S.A.
- García, M. (2001). *Los funerales de la Mamá grande*. Argentina: Editorial Sudamericana S.A.
- Ricoeur, P. (2009). *Tiempo y Narración III, El tiempo narrado*. México: Publimex, S.A.
- Rosales, G. (2009). *Anatomía del cuento*. Recuperado de [http: file:///l:/Anatomia del cuento.pdf](http://file:///l:/Anatomia_del_cuento.pdf)
- Rudin, E. (2005). Introducción a la terminología de Genette. Recuperado de <http://www.elneto.com/hispa/genette/Z2conceptos.htm>

Índice

Introducción.....	3
Aproximación conceptual y características básicas del cuento.....	6
Características del cuento.....	11
La tipología del cuento.....	19
El tiempo como forma estructural y ente intangible en la producción literaria.....	25
Cuentos.....	40
La soledad del receptáculo, patrón de los imposibles.....	40
Diez lenguas que se dicen.....	46
Las flores tienen una sola fragancia.....	55
Leche de cuervo.....	61
Armando Mendoza.....	68
El transitorio día en que Rafael Núñez desapareció de aquí y de allá...75	
La casa parecía llena de gente que no duerme por las noches.....	86
La necia historia de un hombre.....	101
La inmortalidad nos acompaña.....	105
Deja que se note en mi cara, déjame levitar.....	113
Referencias.....	142